



Paolo Bravo
Ángeles
Paganos

La civilización oculta

¹⁰ para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos y en la tierra, **y debajo de la tierra;**

¹¹ y toda lengua confiese que Jesús, el Cristo, es el señor, para gloria de Dios padre.

Apóstol san Pablo, en cartas a los Filipenses (2. 10 – 11)

Y ninguno, ni en el cielo ni en la tierra **ni debajo de la tierra**, podía abrir el libro, ni aún mirarlo.

Apóstol san Juan, en Apocalipsis (5.3)

PRÓLOGO

En el año 1966 se descubre en el mar del Callao unas columnas y rocas talladas posiblemente pertenecientes a una ciudad hundida. Se llegó a presumir que se podría tratar de la antigua ciudad del Callao arrasada por el gran terremoto y post maremoto de 1746 pero los datos brindados por la revista **SCIENCE NEW** menciona que es a 88 Km del puerto, que exactamente queda más lejos de la isla San Lorenzo, lo cual daría a pensar en dos opciones, que el Callao antiguo, es decir el de 1746, llegaba hasta esa distancia lo cual es poco difícil de creer. La otra opción es que tras el terremoto el mar luego de arrasarlo con todo se llevó mar adentro columnas y rocas destruidas, lo cual podría ser mucho más probable, pero ese tipo de arquitectura no corresponde a ninguna de nuestras culturas

La teoría *intra terrestre* o *tierra hueca*, tanto como la de continentes y ciudades perdidas, como las de *Mu* y *Lemuria*, son reales.

El día que Kennedy nos reveló la verdad, pero no le comprendimos

Damas y caballeros:

La mera palabra **secreto** es repugnante en una sociedad libre y abierta. Y nosotros como personas, nos oponemos intrínsecamente e históricamente a las **sociedades secretas**, a los juramentos secretos y a los procedimientos secretos y hay un grave peligro, de que el anuncio de un necesario incremento de la seguridad sea aprovechado por aquellos ansiosos de expandir su significado a los límites de la censura y el ocultamiento oficial. Y me propongo impedir eso por todos los medios que dispongo bajo mi control, y ningún oficial de mi administración, ya sea de alto o bajo rango, civil o militar, deberá interpretar lo que estoy diciendo esta noche como excusa para censurar las noticias, ahogar a la oposición, o para encubrir nuestros errores. Tampoco para apartar de la prensa y del público los hechos que merecen conocer. Pero nos enfrentamos a **nivel mundial** a una monolítica y despiadada **conspiración** que confía básicamente en los **medios secretos**. Para extender su esfera de influencia. A través de la infiltración, en lugar de la invasión. En la subversión, en lugar de las elecciones. En la intimidación, en lugar de la libre elección. En guerrillas nocturnas, en lugar de ejércitos a la luz del día. Es un tejido que ha reclutado extensos recursos humanos y materiales, construyendo una densa red. Una máquina altamente eficiente que combina operaciones militares, diplomáticas, de inteligencia, económicas, científicas y políticas. Sus preparativos son encubiertos y nunca publicados. Sus errores son enterrados, no anunciados en titulares. Sus disidentes son silenciados, y no elegidos. No estoy pidiendo que los periódicos apoyen a la administración. Les pido ayuda para la difícil tarea de **informar y alertar al pueblo americano**. Porque tengo la total confianza.

Capítulo 1

El agente de seguridad, Santiago Garza, caminaba lentamente por los pasillos que conducían hacia el primer sótano de las instalaciones de la textilera. Las instalaciones de la empresa eran de varias cuadras a la redonda. En el tercer turno no había la misma cantidad de operarios como en los dos primeros. Tenía la casaca cerrada hasta el cuello y el capotín le cubría la cabeza del frío de la noche. Un par de guantes negros de lana de alpaca le cubrían las manos. Llevaba una linterna para iluminarse el camino en zonas poco iluminadas. Las rondas de seguridad eran comunes y obligatorias en el servicio nocturno y aquella noche, a él le había tocado realizar la ronda de seguridad en la zona de las calderas, los almacenes de hilos y el sótano.

En la garita principal que más parecía un búnker de guerra se hallaba el agente de seguridad, Gonzalo Arrieta, sentado precisamente frente a una extensa hilera de monitores de video. Miraba las imágenes que destellaban ante él, tomas en directo de las decenas de cámaras de seguridad instaladas a lo largo de las instalaciones. Las imágenes no cesaban de desfilarse frente a sus ojos. El servicio para él era siempre un honor y sabía que algún día obtendría su recompensa. Mientras observaba con atención el desfile de imágenes en los monitores iba revolviendo el azúcar de su taza de café. Cuando estaba a punto de dar el primer sorbo oyó el crepitar de su radio, era la voz del supervisor de turno, Renato Salazar.

- Novedades por el perímetro, romeo 3.
- Perímetro despejado sierra, procediendo al momento a realizar la ronda por el primer sótano.
- Conforme, proceda, cualquier novedad comunicar de inmediato al olimpo.
- Recibido sierra se comunica de inmediato.

Las comunicaciones por radio entre el supervisor de turno y sus agentes desplegados por el predio durante las rondas de seguridad eran continuas ya que cada uno tomaba un sector diferente y solo mantenían comunicación por ese medio. El agente Arrieta logró dar el primer sorbo de su café “¡Mierda!” se dijo para sus adentros luego de quemarse con el líquido que aún estaba muy caliente. Dejó la taza sobre la mesa con cierto enojo. Quiso ponerse de pie para dirigirse hacia donde estaba su morral y sacar sus galletas pero algo en los monitores llamó de inmediato su atención, era la imagen de la cámara 23.

Una empinada rampa conectaba el primer nivel con el primer sótano de las instalaciones y era preciso bajar echando el cuerpo hacia atrás como para hacer una especie de contrapeso ya que más de uno de sus compañeros, al menos en sus primeros días se habían ido de cara y terminado en el suelo, inclusive al propio Garza le había ocurrido eso un par de veces. El primer sótano era medianamente inmenso y era el estacionamiento de los vehículos de los gerentes de la empresa y visitantes cuando ésta estaba en horario de funcionamiento. Mientras no lo estaba servía de cochera para los camiones de reparto. Tanto en el primer sótano como en el segundo, había varias habitaciones que servían de depósitos para las diversas áreas de la compañía. El agente Garza caminaba por el perímetro del sótano acercándose a las puertas de los depósitos para maniobrar las perillas y certificar que éstas estén bien cerradas, de hallarse una aperturada, tendría que comunicárselo al supervisor de turno, anotarlo en su bitácora y tomar una fotografía para el reporte correspondiente del supervisor que enviaría vía correo electrónico al jefe de seguridad. Sea quien fuere el agente que esté de turno en ese puesto tendría que hacer lo mismo. Cada puesto tenía sus funciones y consignas establecidas. Todo en su ronda parecía terminar sin novedad cuando de pronto un ruido llamó su atención. Provenía del segundo sótano y parecía ser un ruido de voces “¿Operarios en el segundo sótano?” se preguntó con mucha extrañeza. Aquel segundo sótano era un lugar de acceso restringido. Órdenes estrictas de la gerencia general. Nunca dieron razones y nadie nunca pidió motivos. Encendió su linterna y se dispuso a bajar hacia el segundo sótano. Cuando estaba a punto de bajar por la rampa hacia el segundo sótano una voz hizo crepitar su radio y lo hizo parar en seco dando un brinco de sobresalto.

- Romeo 3 aquí olimpo, confirma tu posición.
- Olimpo, en la rampa de bajada hacia el segundo sótano – respondió el agente Garza.

- ¿Segundo sótano? Confirme autorización para descender al segundo sótano romeo 3 – pidió la voz con clara autoridad.
- Negativo olimpo, no la tengo.
- Sierra copió la última, tenemos al romeo 3 a punto de bajar a zona restringida, al momento se desconoce la novedad en el sector – indicó el agente Arrieta quien esa noche como casi todos los días de su turno estaba de olimpo.
- ¡Negativo! Nadie desciende al segundo sótano, no tenemos autorización de hacerlo así se esté incendiando, son las órdenes de la gerencia – exclamó iracundo el supervisor Salazar.
- ¿Copió la indicación romeo 3? Negativo con su desplazamiento, retorne de inmediato – indicó el agente Arrieta.
- Copié fuerte y claro olimpo y sierra, pero los sonidos de allí abajo son ruidos de voces, hay gente allí abajo, al momento se desconoce si son operarios o si se nos han metido ladrones a las instalaciones – expuso el agente Garza.
- Razón más que suficiente para que no descienda solo romeo 3, si es su segunda hipótesis esos sujetos pueden estar armados y usted no lo está, sería una exposición tonta al peligro, negativo con su desplazamiento al segundo sótano retorne de inmediato – indicó el supervisor Salazar.

Durante su servicio militar en el ejército, Santiago Garza había aprendido que a veces había que tomar decisiones difíciles en el cumplimiento del deber y desobedecer una orden directa, era precisamente una muy difícil decisión. Se quedó mirando hacia el segundo sótano sin descender más por la rampa, aún tenía su linterna encendida para alumbrarse en la negrura del camino “Qué carajos” se dijo para sus adentros, acto seguido, apagó su radio y se dispuso a bajar. Santiago Garza era consciente de que aquella decisión suya le podría costar el puesto, pero también sabía que si lograba dar un gran golpe sería recompensado. Al interior de la garita principal, el agente Arrieta no daba fe de lo que veían sus ojos, trató de contactarse con su compañero por la radio pero fue inútil, las imágenes de la cámara 23 mostraban al agente Santiago Garza descender por la rampa hacia el segundo sótano, segundos después, lo perdió de vista en el espesor del oscuro camino. Allí abajo, en el segundo sótano, no había más cámaras de seguridad.

- Sierra aquí olimpo, con la novedad de que romeo 3 descendió por la rampa hacia el segundo sótano, no lo tengo más en la visión de las cámaras – reportó el agente Arrieta a su superior.
- ¡Demonios! ¿Tan difícil es obedecer una orden? – gritó furioso el supervisor Salazar – romeo 2 acércate a la rampa del segundo sótano y espera mi llegada, no estoy muy lejos del punto, vamos a sacar de los cojones a nuestro héroe, olimpo atento a la comunicación, si hay algo sospechoso te lanzo el código para que solicites refuerzos policiales.
- Comprendido sierra, me acerco al punto – dijo el agente del otro puesto a quien se había dirigido el supervisor Salazar.
- Comprendido sierra, a la espera del código Zulu – dijo ahora el agente Arrieta.

Las voces ahora parecían cobrar mayor fuerza, conforme iba caminando Santiago Garza no le quedaban dudas de que eran voces de varias personas pero ¿Estaban cantando? Se detuvo en seco en medio del camino, trató de no hacer ningún ruido, quería escuchar con detenimiento a las voces. Definitivamente, eran cantos, pero cantos extraños y hasta parecía que no era en español, no parecía inglés, ni francés, quizá ruso o de algún otro país europeo. Era extraño, bajar hasta ese lugar tan oscuro solo para ponerse a cantar esas rarezas. Garza retomó el camino y se dirigió con determinación hacia el lugar de donde provenían las voces. Conforme se iba acercando las voces cobraban mayor intensidad y más fuerza. Definitivamente no era inglés ni ninguna otra lengua conocida, si bien era cierto que Santiago Garza no hablaba ningún otro idioma por lo menos podía identificarlos en algunas palabras, al menos el inglés que era un idioma universal, aquello, definitivamente, no era inglés ni ningún otro idioma conocido por él.

En el borde de la rampa que daba hacia el segundo sótano, estaba el agente Rogelio Santamaría aguardando la llegada del supervisor Renato Salazar. Este no tardó mucho en llegar. Cuando se dieron el encuentro ambos descendieron con cuidado por la rampa hacia el segundo sótano ambos

alumbrados por sus linternas, el supervisor Salazar llevaba en la mano la radio por si tenía que solicitar apoyo lo haga de forma inmediata.

El aire estaba enrarecido y allí abajo en el segundo sótano el oxígeno parecía escasear. De pronto pareciera que la temperatura hubiese descendido varios grados, a pesar de estar bien abrigado, Santiago Garza sentía que se congelaba. Al llegar a uno de los rincones del segundo sótano llegó hasta uno de los depósitos de los tantos que habían allí aunque a diferencia de los del primero, estos no estaban enumerados ni mucho menos tenían la indicación de a qué departamento de la empresa pertenecían. Solo notaba en las puertas de cada depósito extraños símbolos, parecido a los jeroglíficos egipcios. Llegó a una que tenía en la puerta el grabado de un ave, era la de un cuervo, Garza lo miró con mucho recelo “¿Un cuervo?” se preguntó bastante extrañado “¿Qué hacen en este sótano? ¿Qué guardan en estos depósitos? ¿Por qué nadie puede bajar aquí?” demasiadas preguntas que se le formulaban en la cabeza a Santiago Garza y las que no obtendría respuesta. El cuervo en la religión cristiana es considerado un ave de mal agüero, aunque en muchas otras culturas representa un símbolo favorable de la sabiduría, la fertilidad y la creación. Se considera un precursor del mal, la guerra y la muerte, tal vez por su intenso color negro, asociado con la noche. Se cree que el cuervo ronda por los cementerios y presagia la muerte y la destrucción. Los cánticos eran ahora más claros. La puerta estaba sin cerrojo y al girar de la perilla logró abrirla. A penas abrió la puerta unos cuantos centímetros una fuerza de adentro la abrió con rudeza, una luz cegadora hizo que Santiago Garza soltara su linterna para cubrirse el rostro con ambas manos, cuando sus ojos se acostumbraron a la nueva luz que manaba de aquella habitación, Garza pudo ver con claridad lo que había dentro de aquella habitación, los cánticos habían cesado, tenía los ojos abiertos como dos platos, no se lo podía creer, sus ojos no daban fe de lo que estaba presenciando en ese momento. Era como si lo que tuviese en frente fuese salido de un sueño, o más bien, de una pesadilla. Estaba ahí, petrificado en el umbral de aquel depósito boquiabierto, atónito ante lo que acaba de descubrir, quería salir corriendo de ese lugar y contarle a su superior lo que había en aquel depósito, quería salir corriendo de aquellas instalaciones e irse a casa para no volver más, pero no podía moverse. Una fuerza extraña lo retenía, no era dueño de su voluntad, no era dueño de sí mismo, algo lo dominaba. De pronto, vio como un destello de luz se aproximaba a él a gran velocidad “¡Dios mío!” exclamó para sí mismo. Pero era demasiado tarde. Una oscuridad lo cegó por completo. Luego, silencio. Silencio total.

Capítulo 2

Al interior de la garita principal, el agente Gonzalo Arrieta tomaba con cierta parsimonia su taza de café, mientras miraba las pantallas en la pared, sobre todo miraba con suma atención las imágenes de la cámara 23. Ninguno de sus compañeros ni su supervisor habían vuelto a aparecer en imágenes. No habían vuelto a subir. Estaba también atento a la radio por si se presentase alguna complicación allí abajo y el supervisor lanzase alguna petición de apoyo. Nada por el momento. Silencio total por la radio. Ningún movimiento por las cámaras.

El agente Arrieta estaba a punto de ponerse de pie para poder servirse otra taza de café cuando de pronto se detuvo al oír la voz de su supervisor crepitar en la radio. Era la señal que estaba esperando recibir para solicitar refuerzos. En realidad, no. No era exactamente el código Zulú el mensaje que estaba emitiendo su superior a través de la radio sino más bien, uno de apoyo, apoyo médico.

- Olimpo, aquí sierra, necesito un 10-7 en el punto ¡al momento olimpo, al momento!

Gonzalo Arrieta oyó sin creer lo que oía. No respondió. Buscó inmediatamente en su cartilla de códigos 10 que tenía pegada en la pasta de la bitácora de su puesto de servicio “Código 10-7, presencia de ambulancia en el lugar”. Solo buscaba confirmar lo que ya sabía. Levantó el auricular del anexo de su puesto de servicio y tras marcar el código de llamadas externas, marcó el número del servicio médico.

- Sierra, aquí olimpo, se procedió con la última, en QAP con la ambulancia.

Al otro lado de la línea nadie respondió. No le hacía falta tampoco. El agente Gonzalo Arrieta sabía que había sido oído. Puso la mirada fijamente en la imagen de la cámara 23 esperando que alguien se muestre, al cabo de unos segundos vio el reflejo de una luz acercándose a la rampa y acto seguido una silueta subía por ella corriendo a gran velocidad, era Rogelio Santamaría. El agente Arrieta se reclinó sobre su silla y luego de exhalar un profundo suspiro y mirar la hora (3:47 horas) supo que se venían momentos difíciles.

Capítulo 3

A varios kilómetros de distancia de las instalaciones de la fábrica textilera, en una de las habitaciones del condominio torre blanca en Jesús María se hallaba Ricardo Vasallo sentado frente a su portátil, intentaba concentrarse para terminar de escribir el artículo que le habían encargado para la sección política del diario *La Crónica Nacional* en donde uno de sus ex compañeros de la universidad trabajaba como editor de política.

Solía quedarse hasta muy tarde en vela escribiendo sus historias para luego agruparlas en su próximo libro, pero estaba retrasado con aquel artículo que tenía que terminar, el reloj pronto marcaría las cuatro de la madrugada y aún no terminaba. Tenía la costumbre de tomarse algunas tazas de café mientras escribía, la cafeína lo mantenía despierto y le aclaraba la mente para crear, algunas veces incluso encendía algunos cigarrillos aunque aquello era irrelevante, si encendía alguno era síntoma claro de que estaba bloqueado de inspiración. Una balada de Jon Secada armonizaba con el ambiente oloroso a tabaco “No sé porque tuve que meterme en estos embrollos” se dijo así mismo mientras trataba de recobrar la inspiración para seguir escribiendo su artículo, opinar sobre política nunca había sido precisamente uno de sus grandes anhelos y tener que escribir un artículo de opinión sobre la corrupción por la que atravesaba el país era algo tan desagradable como la corrupción misma, pero ya estaba hasta el cuello con el tema.

Tres días atrás mientras salía de una reunión con Esteban Montoya, su editor, caminaba por el jirón de la unión simplemente mirando los vitrales como si detrás de ellas hubiese algo le llame la atención para comprarla. Caminaba ensimismado en su búsqueda al azar que no se percató que detrás de él alguien le respiraba en la nuca, era Harold de Castro su ex compañero de la universidad.

- Aún sigo esperando tu tercer libro – dijo una voz a sus espaldas casi como un susurro.

Ricardo Vasallo se volvió hacia la voz para descubrir de quien se trataba. No pudo evitar soltar tremenda risotada al percatarse que se trataba de su ex compañero de la universidad. Harold de Castro era un tipo de mediana estatura, de cabellos rizados y de tez blanca y pecosa.

- Y yo aún sigo esperando que compres los dos primeros que publiqué.

Ambos estrecharon las manos. Una risa cómplice delataba el tiempo que llevaban sin verse. Una mujer acompañaba a Harold de Castro. Era alta y delgada, cabellera larga y lacia, ojos grandes y marrones claros.

- Nunca imaginé que luego de la universidad en algún momento te dediques a escribir libros de historias de terror – dijo Harold de Castro con una risita irritablemente burlona.
- Tampoco yo, pero si tú te dedicaste a escribir artículos franeleros para los regímenes del poder de turno no veo porque yo no pueda haberme vuelto escritor de novelas de ficción – dijo Ricardo Vasallo con una sonrisa de satisfacción, había asestado un derechazo en el orgullo de su ex compañero de universidad.
- Soy un columnista independiente, tengo la libertad de escribir lo que crea conveniente sobre las administraciones de turno, al parecer no eres un lector asiduo del diario, de ser así hubieses notado que tengo columnas en el que he dado con un mazo al régimen en ocasiones – agregó Harold de Castro claramente irritado por el comentario de Vasallo.
- Sabes que lo mío nunca ha sido la política, siempre me ha gustado otros géneros, quería ser cineasta cuando era adolescente, pero hay sueños que no se pueden realizar a veces y uno se conforma con lo que se te presenta, decidí escribir novelas de ficción y ya he publicado dos historias de relatos de ficción y a decir verdad estoy algo atascado de inspiración para mi tercer libro – dijo Ricardo Vasallo con el ceño fruncido.
- Has colaborado con varias revistas y escrito en un par de periódicos de circulación nacional pero nunca te has establecido en ninguno ¿Por qué? – consultó Harold de Castro con gran curiosidad.
- No me gusta tener que rendirle cuentas a un patrón – respondió a la duda Ricardo Vasallo con una sonrisa pícaro.

- Eso explica porque aún sigues soltero – agregó Harold de Castro con cierto revanchismo tratando de asestarle también un golpe tan bajo como sea posible.
- A diferencia tuya que siempre andabas con una y otra mujer, más bien el sorprendido sería yo si algún día te casaras – dijo Ricardo Vasallo sin poder evitarse la risa.

Aquel comentario de su ex compañero cogió por desprevenido a Harold de Castro que se le borró de golpe la risa del rostro y no pudo evitar volver la vista hacia su acompañante quien hasta ese momento se mantenía al margen de tan agradable tertulia y que ahora observaba la escena con una expresión de gran enojo.

- Por cierto Ricardo, te presento a Luciana Granados, mi prometida, nos casaremos el año entrante – dijo Harold de Castro, aún algo aturdido por el golpe de su ex compañero.
- Mucho gusto señorita, no sé si debería de felicitarla por tan brillante decisión o extenderle mis condolencias – se echó a reír – bueno, es que, en la universidad Harold era un poco, usted sabe, generoso con las muchachas, sin decirle que un día en pleno trabajo de entrevistar en la Javier Prado...
- A Luciana esas historias del pasado no le llaman mucho la atención – interrumpió Harold de Castro bastante irritado.
- En realidad, sí me interesaría conocer un poco más de las aventuras de mi futuro marido – dijo Luciana Granados con una sonrisita cómplice.
- Cariño, eso no es necesario, eran otras épocas, ya no soy el mismo he cambiado desde aquel entonces y contigo es con quien quiero pasar el resto de mi vida – dijo Harold de Castro.
- Ese sería un buen argumento para un guión teatral de comedia – dijo Ricardo Vasallo entre burlas.
- Creo que ya fue suficiente con este tema – dijo algo ofuscado Harold de Castro.
- Bueno, ya sabes cómo va esa frase, el que busca encuentra – agregó Ricardo Vasallo.
- Quizá, pero ya fue suficiente de esas tonterías – dijo muy irritado Harold de Castro.

Harold de Castro invitó a Ricardo Vasallo a acompañarlos a tomar unos tragos al Queirolo, ubicado en el jirón Camaná. En su etapa de estudiantes universitarios Bausatinos solían asistir al Queirolo cuando querían disfrutar de un buen trago, en más de una ocasión Harold de Castro había asistido a aquel lugar con alguna novia de turno, por lo visto esa costumbre no había cambiado en nada “¿Luciana sabrá sobre este pequeño detallito?” se preguntaba con gran agrado mientras caminaban hacia el local. Al llegar al Queirolo ocuparon una de las mesas libres cerca del ingreso. Casi de inmediato un garzón se acercó para dejar la carta sobre su mesa y a la espera para tomarles el pedido.

- Una botella de vino, por favor – pidió Harold de Castro.
- ¿Alguna en especial, señor? – preguntó el muchacho mientras sacaba el lapicero del bolsillo de la camisa.
- Una botella de vino tinto, un Cabernet Sauvignon – respondió Luciana Granados haciendo gala de su gran conocimiento de vinos.
- Sí, ese está bien, también queremos ordenar una fuente de chicharrones de pollo, por favor – agregó Harold de Castro.
- En seguida retorno con su orden señores, que disfruten su estadía – dijo el garzón mientras tomaba nota en su libreta de pedidos y se retiraba

Mientras degustaban de sus trozos de pollo y bebían su vino conversaban sobre los viejos tiempos en la universidad, reían recordando las viejas anécdotas, Luciana Granados reía a carcajadas cuando supo que su prometido en plena exposición en el taller de expresión oral y locución del sexto ciclo se resbaló y cayó patas arriba frente a todos los compañeros, en la época de la universidad estaba unos cuantos kilos más subido de peso y parecía un lechón listo para la mesa.

- ¿Cómo se te dio por volverte escritor de historias de terror? – preguntó Luciana Granados con cierto matiz de interés en la voz.
- Desde muy niño siempre me han gustado las historias de terror y me fascinaban las películas de ciencia ficción e incluso tenía un cuadernito en el que solía escribir cuentos de terror,

obviamente ese cuaderno ya no existe, hubo un concurso hace cuatro años, casi al año de graduarnos de la universidad y caminando por las calles de Lince saliendo de una revista en la que trabajaba en aquel entonces vi un afiche que hacía mención a un concurso de cuentos de ficción, lo organizaba un colectivo de editoriales independientes, lo dude un poco pero me animé y escribí un relato sobre posesiones y me presente al concurso – respondió Ricardo Vasallo mientras bebía un poco de vino.

- ¿Ganaste? ¿Quedaste en un buen puesto? – preguntó Harold de Castro mientras encendía un cigarrillo.
- No, a decir verdad mi historia solo llegó a obtener una mención honrosa y fue incluida en una antología de relatos de ficción junto con los que ocuparon los tres primeros puestos y los demás que como yo recibieron un premio consuelo, pero fue a través de ese concurso que conocí a Esteban Montoya, mi editor, me dijo que mi historia le pareció genial y que podría intentar escribir un libro de relatos de terror, suspenso y ficción que aquel era un género con un buen número de lectores, lo pensé, a los pocos días estaba escribiendo relatos de terror y suspenso y fue así como los reuní en mi primer libro publicado hace casi cuatro años atrás, hace dos saqué mi segundo libro con nuevas historias, tuve que entrevistarme con diversas personas que habían experimentado situaciones paranormales, fue como un libro de entrevistas, no tuvo tanto éxito como el primero pero allí va – contó Ricardo Vasallo.
- ¿Cuándo el tercer libro? – preguntó Luciana Granados.
- Esa es la misma pregunta que me acaba de hacer mi editor hace un par de horas en la reunión que tuvimos, mi primer libro era más de ficción que el segundo, que al ser entrevista tiene un matiz más a lo real y eso como que no pegó mucho, esta vez quiero escribir una novela de ficción o terror pero aún no he logrado hallar el tema adecuado para ponerme a escribir, creo que voy a ponerme a caminar por las calles a ver si logré encontrar algo, una excursión guiada por viejas casonas a ver si se me viene una idea – respondió Ricardo Vasallo.
- ¿Sigues colaborando con tus columnas para algunas revistas y periódicos? – preguntó Harold de Castro.
- Sí, para un par de revistas, comentando sobre libros en una y sobre eventos culturales en la otra, además desde hace un par de meses dicto clases de redacción publicitaria en un instituto – respondió Ricardo Vasallo.
- Entonces esta propuesta te podría interesar – dijo Harold de Castro con una sonrisa pícaro.
- ¿De qué se trata? – preguntó con curiosidad Ricardo Vasallo.
- En *La Crónica Nacional* queda una vacante para columnista de política, es una columna semanal de todos los sábados, la paga no es mala, el sábado pasado escribió un abogado de la católica pero para este sábado aún no hay nadie, puedes probar tú, quién sabe a lo mejor y gustas más y te quedas con el puesto, deberías de probar ya sé que la política nunca fue lo tuyo pero un poco de versatilidad no caería mal, además, un escritor como tú, escribiendo en un diario importante y de circulación nacional, no sé, piénsalo mi amigo, no me respondas hoy, piénsalo bien y mañana me respondes – dijo Harold de Castro al tiempo que depositaba su tarjeta de presentación sobre la mesa frente a Ricardo Vasallo.

Su reloj marcaba las cuatro en punto de la madrugada. El artículo debía de enviarlo antes de la una de tarde para que el redactor general pueda revisarlo antes de mandarlo a incluir en la edición sabatina. El cansancio lo tenía a su merced, no estaba dispuesto a ponerle resistencia al sueño, apagó la música, guardó el avance del artículo y apagó la portátil “Como me encanta meterme en líos” se dijo así mismo mientras desconectaba los cables y los ponía sobre la mesa. Se dirigió a su dormitorio y se echó boqui abajo en la cama, sin abrir la cubre cama ni ponerse la pijama. Simplemente quería dormir, programó su alarma para las diez de la mañana. Tendría tiempo más que suficiente para terminar la columna y preparar algunos detalles para su clase de las siete de la noche en el instituto.

Capítulo 4

El teléfono que descansaba sobre el escritorio de caoba comenzó a sonar, el anciano que aguardaba aquella llamada con cierta ansiedad no recibiría la noticia que esperaba.

- Maestro, ha surgido un inconveniente, la ceremonia fue interrumpida, uno de los...
- No me den excusas – dijo una voz rasposa interrumpiendo a su interlocutor – lo que haya sucedido, sea lo que sea, quiero que lo solucionen al precio que sea necesario – agregó luego con frialdad.
- Ese hombre nos ha visto, lo ha visto todo, maestro – dijo el hombre al otro lado de la línea claramente angustiada.
- La desesperación es la perdición de la humanidad, la solución siempre está frente a nuestras narices y casi nunca la vemos, si aquel entrometido lo vio todo, simplemente desaparezcanlo y punto – ordenó el anciano.
- Como usted ordene, maestro – dijo el hombre en la otra línea.
- Háganlo con el mismo modo de siempre, sin dejar huellas, será al final algo natural, la muerte es un acontecimiento que se da todos los días – dijo el anciano.
- Solo espero que no se pongan a investigar sobre lo sucedido – dijo el hombre al otro lado de la línea.
- Por eso no te preocupes, no estamos aquí desde tiempos inmemorables por nada, nuestro poder puede llegar a todas partes, tenemos gente en todos los rincones dispuestos a servirnos cuando se le solicite – dijo el anciano esbozando una sonrisa – manténme al tanto y si es necesario hacer algunas llamadas, habrá que hacerlo.

Colgó el teléfono. La comunicación había terminado. El anciano se puso de pie y caminó hacia el bar que tenía en una de las esquinas de su oficina, se sirvió un whisky en las rocas. Bebió lentamente su trago disfrutando suavemente su sabor. Se acercó nuevamente a su escritorio y se sentó cómodamente en su silla reclinándose en su espalda. El teléfono volvió a sonar. Respiró profundamente antes de tomar la llamada, no le gustaba dar malas noticias.

- Imagino que ya sabrás como solucionar este problema – dijo la voz al otro lado de la línea.
- Usted pierda cuidado, gran maestro, me encargaré de que se solucione lo más pronto posible – dijo el anciano dando otro sorbo a su copa.
- ¿Cómo es posible que sucedan estas cosas? Se nos está agotando el tiempo, debemos realizar este ritual para poder volver a reinar el mundo como lo hacíamos en un principio – dijo la voz.
- Así será, gran maestro – contestó el anciano.

Nuevamente colgó el teléfono. El silencio reinaba en la oficina. Aquel anciano sabía que tenía que mover todas sus fichas para no fallar en su misión “El tiempo se acaba, no podemos desperdiciar nuestra oportunidad de salir de las penumbras y volver a la superficie, el mundo nos pertenece, siempre fue así, les enseñaron a olvidarnos, nos borraron de la historia, nos arrebataron nuestro lugar, pronto volveremos para recuperar lo que nos pertenece” terminó su trago y comenzó a planificar las siguientes movidas en el enorme tablero de ajedrez de la dominación mundial.

Capítulo 5

La ambulancia no tardó mucho en llegar a las inmediaciones de la textilera. Gonzalo Arrieta logró divisarlo a través de sus monitores. Tomó la radio y decidió comunicarle al supervisor Renato Salazar que la ambulancia estaba cerca de las instalaciones.

- Sierra aquí olimpo, para comunicarle que la ambulancia ya está llegando.
- Recibido olimpo, que los romeo 1 y 2 estén atentos a la llegada de la ambulancia y los acompañen hasta mi ubicación – indicó el supervisor Salazar.
- Recibido sierra – indicó el agente Gonzalo Arrieta.

Luego de haber reportado la llegada de la ambulancia se volvió hacia su compañero, Rogelio Santamaría quien estaba en la garita principal hasta la llegada de la ambulancia como se lo había ordenado el supervisor Salazar. Estaba completamente impactado por lo que había visto allí abajo. Llegaron hacia donde se encontraba su compañero luego de oírlo gritar y lo hallaron tendido en el suelo frente a la puerta de uno de los depósitos, ambos se miraron con sorpresa sin comprender lo que le pudo haber sucedido, no había ninguna explicación lógica para ello.

- Cuéntame eso de nuevo, simplemente lo encontraron tendido en el suelo, así sin más – quiso saber Gonzalo Arrieta.
- Sí hombre, así como te conté, llegamos con el sierra al punto y antes de llegar lo oímos gritar como si algo lo hubiese asustado, cuando llegamos hasta su ubicación estaba tendido en el suelo, tratamos de reanimarlo pero no reaccionaba, lo que sí fue extraño es que realmente se oyeron algunas voces en el lugar y luego de que Garza gritara cesaron así como así, lo extraño es que el sierra no lo oyó, solo yo y eso que las voces eran notorias, realmente se oían, lo juro – dijo Rogelio Santamaría notoriamente afectado.
- ¿No se pusieron a investigar de dónde provenían esas voces? – preguntó Gonzalo Arrieta.
- Desde luego que sí pero no había nada ni nadie alrededor, además no hay iluminación en el segundo sótano – respondió Rogelio Santamaría.
- ¿Y ese depósito frente al que hallaron a Garza? – volvió a preguntar Arrieta.
- El sierra lo verificó, la chapa estaba cerrada, no había signos de que haya sido forzada, nadie estaba dentro y no había ruidos dentro, no sé qué pudo haber sucedido – respondió Rogelio Santamaría.
- Eso es muy extraño – musitó Gonzalo Arrieta.
- ¿Y si es lo que dicen los operarios? – preguntó Rogelio Santamaría.
- No vas a creer lo que dicen en los pasillos, por favor, lo que le pasó a Garza tiene una explicación en este mundo no en el otro – respondió Gonzalo Arrieta notoriamente irritado.
- He oído a varios operarios hablar de que por las noches penan en el sótano 2, oyen voces, estas instalaciones son antiguas, esta zona fue zona roja de tiempos inmemoriales – argumentó Rogelio Santamaría.

Al llegar la ambulancia se estacionó frente al portón principal de la empresa he hizo sonar el claxon. La tertulia entre ambos colegas se interrumpió dentro de la garita principal por la llegada de la ambulancia. Gonzalo Arrieta logró divisarlo a través de los monitores de las cámaras externas al ingreso principal. Tomó su radio y comunicó al supervisor Salazar de la llegada de la ambulancia.

- Sierra aquí olimpo, acaba de llegar la ambulancia.
- Bríndenle todas las facilidades y háganlos llegar hasta el punto – ordenó el supervisor Renato Salazar.

Gonzalo Arrieta dio la indicación de apertura del portón a través de su radio y los agentes que estaban ubicados en el portón principal procedieron a cumplir dicha indicación. Dicho portón se apertura realizando un crujido de bisagras. Uno de los agentes hizo el ademán a la ambulancia para que ingrese. El conductor de la ambulancia ingresó y se estacionó en el pequeño patio de maniobra frente al gran portón principal, de la ambulancia bajaron el conductor y dos paramédicos más, provistos de una tabla espinal y un maletín de primeros auxilios. Uno de los dos agentes que abrieron el portón

acompañaría a los paramédicos y de la garita principal que estaba cerca del portón principal salió el agente Rogelio Santamaría como un alma en pena, pálido y bastante alterado. Fueron a toda marcha hacia el lugar del incidente en el que esperaba el supervisor Salazar con el agente Garza para ser evacuado al nosocomio más cercano y ser atendido de emergencia.

Los paramédicos y los agentes bajaron con cuidado la rampa hacia el sótano 2. Llegaron en un santiamén al lugar en donde estaba el paciente por el que habían llegado. Los agentes provistos de linternas led Lenser iluminaban el camino para que puedan desplazarse por la oscuridad del segundo sótano. Al llegar al lugar exacto del accidente vieron un cuerpo tendido en el suelo y al supervisor en cuclillas junto al cuerpo inconsciente.

- ¿Cuánto es que lleva así? – consultó uno de los paramédicos.
- Más de quince minutos aproximadamente – respondió el supervisor Salazar.

Le revisaron los signos vitales al agente Garza. Débiles. Muy débiles, pero vivo aún. El paramédico más joven le colocó el collarín con mucho cuidado de no lastimarlo, el supervisor Salazar se hizo a un lado para dejar a los paramédicos hacer su trabajo. Colocaron la tabla espinal al lado derecho del agente Garza y la cuenta de tres los subieron sobre ella. Dos de los paramédicos lo condujeron hacia la ambulancia mientras que el tercero verificaba que esté lo suficientemente cómodo y seguro para que no se lastime. Al llegar a la ambulancia fue subido en la parte trasera y trasladado a la camilla que estaba dentro. Solicitaron a un responsable para que viaje con ellos hasta donde lo iban a trasladar. El supervisor Salazar se ofreció a acompañarlos más por la responsabilidad de su cargo que por obra de buen samaritano. Los dos agentes al igual que a la llegada de la ambulancia volvieron a darle apertura al portón para que ésta pueda retirarse de las instalaciones. El supervisor Salazar antes de retirarse de las instalaciones en la ambulancia entregó su radio al agente Santamaría y dejó sus últimas indicaciones “Olimpo, quedas a cargo hasta que llegue mi relevo, estoy dejándote mi radio con Santamaría, ponlo a cargar para que se lo entregues al entrante, cualquier novedad te comunicas conmigo por línea baja” el agente Arrieta respondió afirmativamente a las indicaciones del supervisor aceptando la delegación de responsabilidad. Eran casi las cuatro treinta de la madrugada, en poco más de una hora comenzaría a aclarar el cielo, en casi poco más de dos horas se procedería al relevo con los agentes del turno entrante y esta pesadilla terminaría. O quizá, recién estaría por comenzar.

Capítulo 6

En otra parte de la ciudad. En un apartamento ubicado en el distrito de Miraflores, un hombre alto de ojos café y gafas revisaba su correo personal mientras bebía un trago con dos cubitos de hielo. La luz en su habitación era tenue, en el cristal de sus gafas se podía ver reflejada la luz clara de la pantalla de la portátil. Las noticias recibidas no eran alentadoras, hizo un gesto de descontento y se bebió su trago de un solo golpe “¡Mierda!”. La comunicación era concisa. Estrictamente corta por si era interceptado no se pueda descubrir el mensaje en sí, solo los miembros de la organización podrían entenderla en su amplitud real.

Destinatarios.

Fiesta interrumpida. Invitados no previstos. Se suspende la ceremonia en fecha próxima. Máximo grado de urgencia. El tiempo apremia.

El anfitrión.

Cerró su cuenta. Apagó su computador portátil y trató de pensar con claridad, sabía perfectamente que aquel percance representaba un gran problema para los miembros de la organización y el tiempo jugaba ahora en su contra. Tenían que actuar con prontitud para solucionar este desorden. Pronto.

Capítulo 7

Los agentes del turno entrante comenzaban a llegar desde las seis treinta de mañana aproximadamente para poder vestirse con el uniforme y estar en la formación, oír la charla del supervisor de turno y enterarse de las novedades y recibir las consignas para luego proceder a relevar a los agentes en sus puestos. El segundo en llegar fue el supervisor del siguiente turno, Mauricio Bustamante quien fue puesto al tanto de todo lo sucedido por Gonzalo Arrieta.

- Esto es muy extraño, nadie se desploma así porque sí, algo tuvo que haberle pasado, algún mal por la cual se haya descompensado, lo que es más extraño es que se haya desmayado frente a la puerta de aquel almacén – trato de hilvanar el supervisor Bustamante.
- El sierra lo verificó y estaba cerrado, peinaron el perímetro en donde estaba Garza y estaba despejado – dijo Arrieta tratando de no darle más créditos a lo sucedido.
- Esto sí que es extraño, verdaderamente extraño, ya luego tendremos que indagar sobre el estado de Garza ¿Cuál fue el motivo por la cual bajo? – indagó el supervisor Bustamante.
- Lanzó por la radio que había oído ruidos en el sótano 2, obviamente el sierra indicó negativo con su desplazamiento pero desacató la orden directa y procedió, cuando el sierra llegó al punto junto a Santamaría estaba tendido en el suelo inconsciente – explicó el agente Arrieta.

Faltaba solo un cuarto de hora para que den las siete de la mañana “El turno más largo de mi vida” pensó Gonzalo Arrieta. El supervisor Bustamante tomó su radio que estaba cargando y salió de la garita principal rumbo a los vestuarios para llamar a formación a sus agentes entrantes. Frente a la garita principal había un estrecho pasillo entre las oficinas administrativas y las de seguridad industrial, al final del estrecho pasillo se llegaba a un segundo patio mucho más amplio que el primero que estaba frente al portón principal y la garita matriz, en ese patio estaban los vestuarios del personal de la textilera, operarios y el resto del personal que prestaban servicio ahí. Los agentes del turno entrante estaban completos y en vestuario esperando a que el supervisor llame a formación. El tema del día entre los entrantes era el incidente de su compañero Santiago Garza. Muchas preguntas se arremolinaban en sus cabezas, muchas preguntas que no tenían una respuesta lógica. Algunos comentaban las historias de fantasmas que comentaban los operarios y que habitaban en el sótano 2 y que por eso estaba prohibido bajar ahí, y algunos decían que habían oído que un antiguo operario que trabajó en la administración anterior se suicidó ahí abajo porque encontró a su novia en la cama con su mejor amigo, nadie sabía a ciencia cierta cuál era el motivo por el cual nadie podía bajar hasta aquel sótano, no sabían si era porque estaba maldito o por alguna cuestión meramente administrativa, si hay algo que ocurre muy a menudo en el rubro de la seguridad es cumplir las órdenes sin objeciones ni murmuraciones. El coloquio de los agentes se vio interrumpido debido al llamado del supervisor Bustamante para acercarse a formación. Salieron todos hacia el patio de maniobras del segundo patio en donde realizaban siempre su formación habitual de cada mañana como de cada noche en el segundo turno. Hicieron una recta, uno al costado del otro mirando frente a su supervisor, el supervisor Bustamante entregó una tablilla de madera al primer agente de la recta para que firmen su asistencia, el supervisor Bustamante caminaba con las manos apoyadas en la espalda a modo de reflexión y caminaba de un lado a otro. Cuando el último agente de la fila hubo firmado su asistencia el supervisor recobró la tablilla de madera y pudo dirigirse a todos.

- ¡Buenos días! – dijo con mucha energía el supervisor Mauricio Bustamante.
- ¡Buenos días señor! – respondieron todos al unísono.
- Como ya se habrán enterado todos ustedes, hemos tenido un accidente con uno de sus compañeros en el turno nocturno, poco más de las tres de la madrugada realizando una ronda no autorizada en el segundo sótano se le encontró tendido en el suelo, se comunicó y se solicitó de inmediato el apoyo médico y una ambulancia vino a asistirnos para que pueda ser evacuado a la clínica más cercana, no me he comunicado aún con el supervisor saliente estoy esperando a que regrese y pueda darme mayores alcances de lo sucedido y del estado de su compañero, no sabemos a ciencia cierta qué fue lo que le sucedió allí abajo, quiero precisar que descender al segundo sótano está prohibido a todo el personal que labora aquí en la textilera, ni la gerencia lo hace así que fue una gran irresponsabilidad la de su compañero Garza, se presume según lo que él mismo lanzó por radio que oía voces y asumió que quizá

eran ladrones, motivo aún más que suficiente para no bajar, ustedes no son súper héroes señores, deben de tener mucho tino al hacer su trabajo y sobre todo acatar las órdenes, si el supervisor de turno les indica negativo para proceder con algún movimiento es negativo y punto, ustedes no se mandan solos, nosotros somos los responsables de lo que pase en nuestro servicio, ojalá y no pase esto a mayores pero si así fuera quien se traga todo el lío incluso legal es el supervisor de turno no ustedes – dijo el supervisor claramente fastidiado por las malas novedades del servicio.

- Señor, si me permite decir algo, se comenta desde hace mucho tiempo por los mismos operarios que allí abajo penan porque allí abajo se mató un operario de los antiguos por eso nadie baja allí desde entonces... porque está maldito – dijo uno de los agentes.
- Señores, yo no sé si está maldito o no, si las voces que afirmó su compañero Garza por la radio que había oído eran de este mundo o del otro, lo cierto es que ocurrió una tragedia que esperemos no pase a mayores – dijo el supervisor Bustamante.

En ese momento los agentes se volvieron hacia el estrecho del pasillo que conectaba el primer patio con el segundo en el que estaban, era el supervisor Renato Salazar, con el cansancio notoriamente impreso en su rostro redondo, la piel grasa y las ojeras por la mala noche, que aguardaba días muy tensos. Camino hacia su relevo el supervisor Mauricio Bustamante, un gesto mustio de cansancio en su rostro al momento de estrechar la mano del supervisor del turno entrante.

- ¡Buenos días formación! – saludó el supervisor Salazar quizá con la poca fuerza que aún le quedaba.
- ¡Buenos días señor! – volvieron a responder al unísono.
- En realidad de buenos no tiene nada, pero es una formalidad, ya todos deben de saber lo que sucedió durante mi turno, aún los médicos de la clínica hacia donde fue trasladado su compañero no logran hallar una explicación clínica para lo sucedido... su compañero Garza entró en un estado de coma – anunció el supervisor Salazar con el mismo tono con que se ofrece las condolencias.

Todos se miraban entre sí, los rostros desencajados, nadie lograba comprender lo que estaba sucediendo en ese momento. Qué diablos pasó allí abajo para dejarlo en coma.

- La llegada de la ambulancia no demoró mucho, la intervención de los paramédicos fue de primera y con mucho cuidado y profesionalismo, llegado a la clínica de inmediato los médicos de turno lo atendieron, aún no se entiende cómo es que pudo caer en un cuadro clínicamente tan grave, solo esperemos que no hayan complicaciones y pueda recuperarse pronto, tuve que llamar en la clínica al ingeniero Camilo Zavaleta que quien como jefe de seguridad industrial tiene que estar al tanto de estos detalles y él a su vez comunicó a los gerentes de lo sucedido, hoy a primera hora nos reuniremos para tratar el tema – expuso el supervisor Salazar.
- Ya son más de las siete de la mañana señores, procedan al relevo a sus puestos, repetiremos los mismos puestos de ayer, rompan filas – indicó el supervisor Bustamante.
- El que esté hoy de romeo 3 la bitácora del puesto lo tiene Santamaría, pasen por su puesto y lo solicitan – agregó el supervisor Salazar.

Los agentes rompieron filas. Todos se dirigieron por el pasillo estrecho hacia el primer patio para llegar a sus puestos y relevar a sus compañeros, nadie se decía nada, trataban de digerir la noticia recibida del supervisor Salazar “Su compañero Garza entró en un estado de coma”. Aquella última frase fue la que caló en los agentes. Para algunos, aquello era el indicio de que una maldición rondaba por el sótano 2 de aquella fabrica textilera y estaba empezando a cobrarse su primera víctima.

Capítulo 8

Los agentes comenzaron a llegar al vestuario luego de ser relevados y entregar sus puestos con las novedades del servicio. El primero en ingresar al vestuario fue el agente Rogelio Santamaría. Se sentó en la banca, recostó la espalda contra la pared, sintió lo helado que estaba al apoyar la nuca, un suspiro delató la nostalgia por el compañero internado, se quitó la corbata en tres tirones. Llevaba la casaca abierta para contrarrestar el bochorno. La gorra yacía sobre sus piernas. Luego comenzaron a llegar los otros compañeros. La conversación en el vestuario no fue esta vez sobre alguna novedad en el servicio sino más bien sobre lo sucedido con su compañero Garza.

- Fue la maldición del fantasma del sótano 2, ese lugar está maldito desde que se suicidó ese operario, por eso nadie baja allí – dijo uno mientras que quitaba la camisa quedando con el dorso desnudo.
- Esas son puras habladas, nunca ha sucedido esto aquí y eso que yo llevo años trabajando en esta unidad, lo que pasó con Garza debió haber sido algún tema de salud que estalló justo ahora, solo es una coincidencia, lamentable, por supuesto – dijo otro de los agentes.

Rogelio Santamaría parecía indiferente ante aquel coloquio de sus compañeros, se mostraba distante de aquel tema que definitivamente lo había afectado “No es un tema de salud, no sé si sea una maldición, pero de que algo extraño pasa allí abajo, definitivamente algo pasa “se decía para sus adentros. Él había estado in situ en el lugar de los hechos y sabía de primera mano que algo extraño pasaba. Y aquello lo inquietaba demasiado. Se puso de pie y caminó hacia su casillero, quitó el candado y comenzó a sacar su ropa de calle. Un polo manga corta y un pantalón jean, un par de zapatillas blancas y una chompa de lana de alpaca verde de cuello a lo Jorge Chávez. Colocó su ropa de calle sobre la banca y luego comenzó a quitarse el uniforme para vestirse con su ropa de civil.

- ¿Y tú qué nos puedes decir Rogelito? – preguntó uno de sus compañeros.

El aludido no tenía ganas de recordar lo sucedido. No quería entrar en más detalles de lo que había experimentado por algunos minutos hace algunas horas, aún podía sentir el escalofrío que le erizaba la piel.

- No tengo nada que decir sobre el tema, ya saben lo que pasó, lo encontramos tirado en el suelo y estaba inconsciente – respondió Rogelio Santamaría sin volverse hacia su compañero.

En ese preciso instante ingreso al vestuario Gonzalo Arrieta, sin la corbata y con la casaca sobre el hombro derecho, su rostro denotaba el cansancio por la mala noche. Todos se volvieron a verlo, en el puesto que siempre realizaba el agente Arrieta él siempre estaba al tanto de todo, pero la discreción era una de sus mejores cualidades. Hablar lo necesario era el diferencial entre mantenerse en un puesto o perderlo y, más aún en un rubro tan hostil como lo puede ser el de seguridad. Tu primer error puede ser a su vez el último.

- Tú eres el hombre Arrieta, tú que todo lo sabes desde el olimpo, que todo lo observa y todo lo oye, cuéntanos pues qué sabes de lo que le pasó a Garza – preguntó uno de los compañeros.
- No sé nada más de lo que ya saben ustedes – respondió Arrieta con cierto desdén mientras se acercaba a su casillero.
- No seas así pues oye, cuéntanos algo más, no seas egoísta, sé que sabes algo más, los sierras conversan ahí dentro del olimpo y algo más debes de haber oído, además por tus cámaras debes de haber visto algo raro, un fantasma, un espectro o un...
- ¡Deja de hacer tantas preguntas carajo! – dijo Gonzalo Arrieta en un arranque de rabia mientras se volvía a su compañero – dejen de querer saber más de lo que deben, a veces es mejor no saberlo todo o ignorar algunas cosas, sé lo mismo que ustedes y punto.

El vestuario quedó en silencio. Nadie dijo más ni preguntó más. Comenzaron a cambiarse en estricto silencio y uno a uno abandonaba aquella habitación cuadrangular. Los últimos en quedar en aquella habitación iluminada por la luz azulina de un par de fluorescentes en el techo fueron los agentes Rogelio Santamaría y Gonzalo Arrieta. El primero permanecía sentado y aún sin ponerse la chompa.

El segundo terminaba de vestirse, logró ver a su compañero bastante apesadumbrado, claramente afectado por lo de aquella madrugada.

- Deja todo esto atrás hombre, en esta profesión te tocará ver cosas peores y no puedes permitir que esas cosas te afecten como en este momento – aconsejó Arrieta tratando de sosegar los nervios de su compañero.
- No es tan fácil como simplemente decirlo, realmente algo extraño pasa allí abajo, deberían de investigarlo, Garza fue atacado por alguien... o por algo – dijo Rogelio Santamaría.
- ¡Basta! No puede ser posible que también tú me salgas con esas tonterías de maldiciones y fantasmas, olvídate de lo que pasó allí abajo, déjalo atrás, voltea la página y no te estanques más en ese asunto – dijo Gonzalo Arrieta casi en un arranque de ira y salió del vestuario luego de cerrar de un golpe su casillero.

Un suspiro. La mirada estrellada en el suelo de baldosas blancas y opacas. “Para algunos es muy fácil olvidar, para otros los recuerdos se quedan impregnados en la retina de la memoria” se dijo Rogelio Santamaría. Sabía que algo andaba mal y lo que le sucedió a su compañero no fue un accidente, que aquello podía estar al acecho de otra víctima para atacar. Tenía que hacer algo para que esto no quede impune, para que llegue al fondo de todo esto. Sacó su teléfono móvil del bolsillo izquierdo del pantalón jean y buscó un nombre entre sus contactos. Alguien que él sabía que podía ayudarlo en la investigación de lo que había sucedido aquella madrugada en el segundo sótano de la fábrica textilera. Marcó el número. Solo timbraba pero sin respuesta del otro lado de la línea “Toma la maldita llamada” se decía mientras oía el sonido de llamada. Nadie contestaba. Volvió a insistir con la llamada. No hubo respuesta. Comenzó a desesperarse, decidió entonces que no le quedaba otra opción que dejarle un mensaje en el buzón de voz. Una locución femenina indicaba que ya podía dejar el mensaje en el buzón de voz del contacto.

- Necesito que me ayudes a investigar un caso muy extraño, algo extraño está sucediendo en la empresa en la que estoy trabajando, no sé cómo explicarlo, en la madrugada hallamos a un compañero tendido en el suelo completamente inconsciente, indicé escuchar voces extrañas y en realidad yo también las oí, pero lo extraño es que en el segundo sótano donde sucedió esto no hay nada, está prohibido bajar hasta allí y sin embargo juro que oí voces también pero no había nada ni nadie y al parecer quieren dejar el tema aquí, sin investigar más a fondo los hechos, no sé qué le pasó a mi compañero pero ahora está en coma internado en una clínica, se dice que ese lugar está maldito, que se suicidaron allí abajo hace muchos años, lo extraño que antes nunca ocurrió cosas como esta y recién esta madrugada sucedió esto, por favor, llámame en cuanto oigas este mensaje, necesito saber si puedes ayudarme con este caso o con algunos de tus contactos – trató de ser lo más directo en el mensaje y luego cortó la comunicación.

Guardó el teléfono móvil en el bolsillo izquierdo del pantalón jean de donde lo había sacado. Se puso la chompa de lana de alpaca con cuello Jorge Chávez y se echó la mochila al hombro. Apagó la luz del vestuario. Junto la puerta y caminó el pequeño pasillo hasta llegar al segundo patio para dirigirse a la salida de la empresa. Luego de lo sucedido aquella madrugada no sabía si tenía realmente ganas de regresar esa noche al servicio o simplemente acercarse a las oficinas administrativas de la empresa y presentar su carta de renuncia o simplemente no volver más y punto. Pero sabía que podía dejar así porque así el trabajo, tenía varias cuentas por pagar y necesitaba el dinero que le generaba aquel trabajo.

Capítulo 9

El teléfono que descansaba sobre el escritorio de caoba volvió a sonar. El anciano estaba sentado en su sillón de terciopelo como si fuese un rey, un rey del inframundo. Extendió su brazo, su mano cadavérica cogió el teléfono y una vez más la voz rasposa.

- Maestro, las cosas se están empezando a enredar – dijo la voz al otro lado de la línea.
- Haz lo que tengas que hacer para que evites que se enrede aún más – dijo el anciano con la misma frialdad y el desdén de siempre.
- Maestro, uno de los testigos ha llamado a alguien para contarle lo sucedido, para pedirle ayuda e investigar lo de esta madrugada – contó la voz al otro lado de la línea con la voz trémula.
- ¡Idiotas! Averigüen a quién llamó ese sujeto, a todo precio, deben de silenciarlos, nadie puede llegar al fondo de esto, nuestros miembros están nerviosos, si se sabe de nosotros muchos miembros se verán al descubierto y será el fracaso total de nuestros planes, el tiempo se nos está acabando, no podemos permitir que nuestros planes se vean arruinados – un silencio en la comunicación – mátenlos, maten a todo aquel que se vuelva una amenaza para nuestros planes, nada ni nadie debe interponerse en nuestros planes, muy pronto reinará el caos y nosotros volveremos a gobernar el mundo como lo fue en un principio – dijo el anciano.
- Como usted ordene maestro – dijo la voz.
- Te enviaré el número del mensajero a tu móvil, atento – indicó el anciano antes de colgar.

El anciano ahora se notaba más preocupado. Las cosas parecían complicarse cada vez más, nuevos personajes entraban en escena. Personajes indeseables que podían complicarlo todo. “Nada evitará que la luna roja reine en la noche nuevamente, como lo fue en los inicios del mundo. Nada”. Se sirvió otra copa del mismo whisky.

Capítulo 10

Un recoveco en un barrio de mala muerte, allí en donde tienes que ingresar con alguien conocido si quieres asegurarte la salida con vida. Orlando del Valle estaba recostado sobre su cama cuando entró una llamada a su teléfono móvil. La voz que llamaba era desconocida para él además de ser una voz impostada. Hubiese cortado la llamada de no haber sido porque indicó el santo y seña “El maestro necesita enviar un mensaje”, tras ello el hombre alto y con la piel cubierta de tatuajes sabía que los miembros de su hermandad lo estaban requiriendo, esbozó una sonrisa “Llamaron al mensajero correcto” respondió el asesino. El interlocutor se hizo llamar Ares. Orlando del Valle soltó una risita “Ares, el dios de la guerra” se dijo para sí mismo. La comunicación no duró más de cinco minutos, fue específico en sus indicaciones “El asunto este tiene que ser limpio, sin cabos sueltos, algo que no se vea como lo que realmente es, un mensaje claro” dijo Ares. El asesino simplemente asentía y respondía con monosílabos. Sacó del tercer cajón de su mesita de noche, apolillada por los años y despintado por la humedad del clima, una navaja táctica carabela, tenía su nombre grabado en láser en la hoja de la navaja. La había comprado hacía año y medio a través de ebay por veinte euros. El mango era ergonómico y de fácil agarre, lo que le permitía cumplir con su trabajo con comodidad y elegancia “Asesinar es el arte más antiguo de los dioses, hacerlo mal es una ofensa para ellos” se decía mientras guardaba la navaja en el bolsillo de la chaqueta negra que se había puesto. Vio su reloj en la muñeca derecha, faltaba solo un cuarto de hora para que den las nueve de la mañana.

Salió a la avenida y paró el primer taxi que vio. El chofer era un tipo obeso y de bigote que con la voz ronca preguntó hacia dónde iba a conducir a su pasajero. El asesino subió en la parte trasera del taxi, un Chevrolet negro. Sacó su libreta negra y leyó en voz alta la dirección que Ares le había indicado en el que estaría el blanco “Estará allí a las nueve treinta de la mañana, trata de llegar puntual al lugar”. El chofer asintió en señal de conformidad. Le indicó la tarifa de la carrera y el asesino solo atinó a sonreír “El precio es lo de menos, la recompensa por servirle a la hermandad será incalculable” metió la mano en el bolsillo de su casaca y sintió el frío de su navaja. Se sentía excitado por la sensación de tener que matar.

Capítulo 11

Rogelio Santamaría caminaba la larga avenida Argentina hacia el paradero y tomar la combi que lo lleve a casa. El servicio había sido agotador. El evento de la madrugada en el segundo sótano y la imagen de su compañero Garza lo había impactado más de lo que podía admitirse él mismo y por último el no haberse comunicado con su contacto para buscar ayuda con respecto a lo sucedido. Estaba por abordar la combi cuando una llamada a su móvil le interrumpió el avance. Sacó el aparato de su bolsillo izquierdo de su pantalón jean y sus ojos no daban fe de lo que leía en la pantalla, creía que su contacto le estaba devolviendo la llamada. No era así. Era otra persona que llamaba, pero no podía creerlo, de todas las llamadas que esperaba recibir aquella era la más inesperada.

- ¿Qué sucede? – preguntó con mucha sorpresa Rogelio Santamaría.
- Necesitamos hablar, sobre lo que sucedió esta noche – le respondió la voz algo nerviosa.
- Creí que debería de olvidarme del tema – dijo Rogelio Santamaría algo confundido por el motivo de la llamada.
- Sé lo que dicen, pero en realidad esto que sucedió los ha afectado a todos, les ha alterado los nervios a todos y deberíamos hablarlo ¿Podemos vernos? – dijo su interlocutor.
- No, la verdad es que estoy muerto de cansancio, lo único que deseo es descansar y olvidar todo esto, hacer de cuenta que nunca pasó, que nunca vi lo que vi ni oí lo que oí allí abajo – dijo Rogelio Santamaría algo alterado.
- Estamos en las mismas, la mejor forma de estar calmados es conversar sobre lo sucedido, desahogarnos de todo esto, no te robaré mucho tiempo y te doy mi palabra que luego de hablar contigo te dejaré descansar en paz – dijo su interlocutor.
- Bueno, está bien, en dónde es que nos veremos – quiso saber Rogelio Santamaría.

Cuando su interlocutor le dio la dirección del lugar en donde se verían no podía creerlo ¿Estaba hablando en serio? Aquel era un lugar un tanto extraño para conversar sobre el tema, pero luego de pensarlo mejor recordó que a los alrededores había cafés y restaurantes de comida rápida en el que podrían sentarse a conversar de un tema tan delicado y lamentable como el de aquella madrugada. No sabía si decirle que había llamado a un amigo suyo para que lo ayude a investigar el caso. “Mejor escucho su posición y luego evalúo si vale la pena contárselo o no” se dijo para sí mismo mientras tomaba una combi para dirigirse hacia el lugar en el que se verían “Te veo a las nueve treinta en el punto, sé puntual”. Consultó su reloj, faltaban casi tres cuartos de hora para que sea la hora del encuentro, no estaba muy lejos así que supo que llegaría sin contratiempo alguno a la hora pactada.

Capítulo 12

El Chevrolet negro se detuvo en la cuadra siete del jirón Carabaya. El asesino pagó el precio de la carrera y bajó del vehículo. Faltaban tan solo cinco minutos para la hora fijada, vio hacia todos lados y no vio aún a su objetivo “Estoy a tiempo” se dijo para sí mismo con una sonrisa de satisfacción. En Julio de 1921, el presidente de la época Augusto B. Leguía celebró el centenario de la independencia del Perú con la inauguración del monumento a José de San Martín. Precisamente en aquel mismo monumento en cuestión de minutos se daría lugar al primer asesinato ordenado por los miembros de la sociedad más antigua del mundo, la madre de todas las sociedades secretas y que estuvieran en todos los países, ejerciendo cargos públicos y políticos, algunos incluso eran presidentes. Empresarios de grandes compañías. Estaban incluso ejerciendo alguna representatividad en todas las religiones del mundo “La mejor forma de apropiarse del mundo es manipularlos a través de sus propias creencias” se decía con una sonrisa complaciente mientras se acomodaba al pie de la estatua del libertador. Una colosal estatua ecuestre en bronce, sobre pedestal de granito. El conjunto tiene dieciséis metros de altura. Como toda obra de Mariano Benlliure, destaca su realismo, su naturalidad y la excelente documentación sobre indumentaria y costumbres. En aquel monumento conmemorativo representa al general atravesando los andes sobre su corcel árabe de gran alzada.

Las nueve treinta de la mañana. Había llegado la hora. El asesino miraba hacia todos lados. Tenía la descripción específica de su objetivo que Ares le había dado a través de su conversación telefónica. Aún no llegaba. Se preguntaba si llegaría o si al final se echaría para atrás y no aparecería “Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a Mahoma” se dijo el asesino con cierta complacencia. Era un profesional en el arte de la caza y si tenía que ir tras su presa para cazarlo, aquello tenía una emoción adicional que podía ser tan excitante para él como el mismo clímax del orgasmo. Cuando empezaba a perder las esperanzas de que su presa vaya a llegar al punto del encuentro, lo vio llegar, cruzaba la calzada frente al gran hotel Bolívar y caminó hacia el centro de la plaza San Martín, a un par de metros del monumento del libertador. Un monumento de un libertador argentino y un hotel con el nombre de otro libertador Venezolano, extranjeros haciendo historia en un territorio en donde sus propios herederos no querían ni ser libres. El asesino parecía un ave de rapiña al acecho de su presa. Ahí estaba el objetivo esperando a un anfitrión que nunca llegaría “Tu cita hoy no es con Ares, cual fuese su nombre real, tu cita hoy es conmigo, el mensajero de la muerte” se decía para sí mismo con una sonrisa dibujada en el rostro libido y graso mientras caminaba hacia su presa. Un tipo de talla promedio, quizá metro sesenta, no más. Cabello corto y grandes ojos café. El hombre miraba hacia ambos lados como tratando de hallar a alguien. Caminó lentamente hacia su objetivo, casi podía oír su respiración, oler su tranquilidad “No hay nada más excitante para un cazador que sentir la tranquilidad de su presa antes de darle el golpe, respirar su calma ignorando que pronto será cazado... que pronto morirá”. Su objetivo parecía estar entre la indecisión de marcharse o quedarse unos minutos más.

- ¿Rogelio Santamaría? – preguntó el asesino para confirmar el objetivo y así evitar errores, eso era lo que más odiaba, cometer errores.
- Sí, soy yo ¿Quién es usted? – preguntó el objetivo algo confundido y a la defensiva.
- Eso no importa, pero puede llamarme simplemente el mensajero, así es como me conocen en la organización – respondió el asesino con una sonrisa pícaro.
- Disculpe usted señor, creo que me está confundiendo con otra persona, yo estoy esperando a...
- No hay ninguna confusión aquí – interrumpió el asesino – si es usted Rogelio Santamaría, es a quien busco y a quien tengo que darle el mensaje del maestro – dijo al final.
- ¿El maestro? De verdad que no entiendo nada – dijo Rogelio Santamaría ahora mucho más confundido que antes.
- Descuide señor Santamaría, muy pronto comprenderá usted todo, pero pongámonos más cómodos, me gusta charlar un poco antes de... bueno, ya lo sabrá también usted – dijo el asesino soltando una risita burlona.

Hizo la seña con un ademán a su objetivo para que se dirija hacia las bancas que estaban en los alrededores del monumento del libertador. Unas bancas de mármol que algunos indigentes

empleaban como cama para pasar sus noches de miseria y soledad, algunas parejas para repartir sus besos sin morada y algunos transeúntes para descansar un instante. Caminaron ambos hacia una de las bancas de mármol, el asesino buscaba una que esté alejado de la vista de las demás personas, no quería ser visto de forma curiosa, la curiosidad levantaba sospecha y la sospecha hacía que una persona se torne más observadora, comienzas a ver con más minuciosidad cada detalle como por ejemplo, la intensión de un asesino a punto de cazar a su presa.

Su objetivo caminaba ahora algo nervioso, eso lo excitaba más, ahora podía oler su miedo, el saber que algo no andaba bien lo hacía sospechar que quizá algo malo podía pasarle. Notaba que mientras caminaba seguía mirando a ambos lados como buscando a alguien, pero nadie más vendría en realidad. Tomaron asiento en una de las bancas de una esquina de la explanada de la plaza, casi frente al edificio sudamericano.

- Podríamos conversar en un café o un restaurante – dijo su objetivo.
- No quiero tener una cita romántica contigo hombre, no eres mi tipo, me gustan con dos grandes pechos y rubias, aquí está bien – dijo el asesino señalando la banca de mármol de la esquina.

Su objetivo tomó asiento en la banca. El asesino se sentó a la derecha de su objetivo. Lo miró con frialdad. Trabajo de intimidación del asesino para doblegar a su presa, parecía reflejarse en esos ojos café de Rogelio Santamaría. El miedo era su alimento.

- Se supone que vería aquí a otra persona – dijo Rogelio Santamaría.
- A quien verías en realidad sería a mí, esa persona solo nos puso el lugar y la hora de encuentro, aunque el mensaje va por parte del maestro – dijo el asesino.
- Sigo sin entender, no entiendo porque alguien me puede citar aquí y no venir y enviar a otra persona para darme un mensaje de otra persona que no conozco – dijo Rogelio Santamaría ahora mucho más confundido.
- Así somos los miembros de la organización, algo misteriosos – dijo el asesino.
- ¿De qué organización me hablas usted? – preguntó su objetivo.
- Una que está entre nosotros desde el principio del mundo, ha estado siempre aunque nos hayan relegado en las sombras del olvido desterrados de la historia, pero muy pronto volveremos a recobrar nuestro lugar y nuestro poder en este mundo, en realidad, en esta madrugada estaban realizando uno de los rituales de iniciación al ritual final, pero uno de sus compañeros lo interrumpió así que fue castigado – respondió el asesino esbozando una sonrisa.
- ¿Está usted hablando de lo que pasó esta madrugada en el segundo sótano de la fábrica donde trabajo y de lo que le pasó a mi compañero? Sabía que algo extraño pasaba allí abajo, pero qué tiene que ver todo esto – dijo con mucha curiosidad su objetivo.
- Muchas preguntas, no todo te será revelado, aquel insolente interrumpió una ceremonia de iniciación para llamar a los dioses antiguos a que nos revelen el camino del poder de nuestros antepasados para volver a reinar el mundo como lo era en un principio – narró el asesino con calma como si disfrutase el momento.
- Pero, en esa fábrica, sin que lo sepan los dueños, es imposible que pasen esas cosas que suena a ritos satánicos – dijo Rogelio Santamaría.
- ¿Ritos satánicos? No, es algo más que eso, esos ritos son para sectas de fanáticos ignorantes que no saben lo que hacen ni en lo que se meten, nosotros somos la hermandad más grande y poderosa y aquella ceremonia que interrumpió el impertinente ese, era un ritual de iniciación, el tiempo se nos agota así que necesitamos volver a comenzar todo de nuevo cuanto antes, la familia que ha estado al frente de esa empresa, al igual que muchas otras, son miembros de nuestra hermandad, y ellos, son de la cúpula más alta, allí donde hay otros empresarios, políticos y hasta religiosos – dijo el asesino con cierta satisfacción.

El objetivo quiso ponerse de pie para dejar ese lugar, alejarse de aquel desconocido y no volver más a la fábrica, olvidarlo todo, lo de la madrugada, lo que sucedió con su compañero Garza, las voces

que oyó, lo que le acaba de contar el desconocido, pero aquel hombre de chaqueta negra y mirada fría adivinó su intención y lo cogió del brazo y lo obligó a sentarse de nuevo en la banca de mármol.

- Aún no he terminado, aún no te he dado el mensaje del maestro – dio el asesino intensificando la frialdad de su mirada.
- No sé de qué mensaje me habla ni quién es ese maestro – dijo el objetivo.
- Pronto lo sabrá, ya se acerca la hora de saberlo todo y emprender el viaje – dijo el asesino.
- ¿Cuál viaje? – preguntó ahora Rogelio Santamaría ahora mucho más confundido.
- A su momento, todo a su debido tiempo hombre, cálmate, cometiste una infidencia que molestó al maestro, una llamada para avisar de esto otra persona, mientras más personas se interpongan en los planes de la hermandad es peor – dijo el asesino.
- ¿Cómo sabe que hice una llamada? – preguntó Rogelio Santamaría.
- Seguimos con demasiadas preguntas, lástima que el tiempo es nuestro peor enemigo y hoy no será la excepción, no habrá tiempo para todas sus respuestas, los miembros de la cúpula matriz están muy tensos, desean que esta ceremonia se realice antes que el tiempo nos gane, ya se lo dije, el tiempo es el peor enemigo, pero se está interponiendo, nos está estorbando y eso molesta a los miembros de la cúpula matriz y al maestro, usted llamó a alguien ¿A quién? – dijo el asesino.
- Desde luego que no se lo diré, ustedes son unos dementes y no pondré en riesgo a mi contacto, los demandaré ante la policía, ante los medios de comunicación – dijo Rogelio Santamaría claramente ofuscado.
- Mala decisión mi amigo, muy mal jugado, esa no es la forma – dijo el asesino viendo que su objetivo se volvía una amenaza más peligrosa, metió la mano dentro del bolsillo derecho y empuñó su navaja – el maestro me pidió que le dé su mensaje.
- No sé qué mensaje puede ser ese ni quién demonios es el...

Rogelio Santamaría guardó silencio, el primer silencio que precede a la muerte. El asesino había sacado la navaja del bolsillo de su chaqueta y sin dar mayor aviso de su movimiento asestó un golpe seco de costado sobre su objetivo con su navaja, la hoja fría y filosa ingresó a la altura de las costillas, los ojos de Rogelio Santamaría se abrieron como dos platos, el asesino logró ver su rostro en sus pupilas que poco a poco se iban dilatando, la muerte le era excitante cuando comenzaba a apoderarse de la mirada de sus víctimas. El asesino retiró la navaja lentamente de su objetivo. Tenía menos de 40 segundos para que la sangre manara con mayor fluidez y manchara toda la banca, del otro bolsillo sacó un pañuelo y limpió la sangre de la hoja de su navaja para luego guardarla en su bolsillo nuevamente. Inclínó a su objetivo sobre el espaldar de la banca, su cabeza se recostó sobre el frío mármol, sus ojos desorbitados anunciaban el final, el asesino se puso de pie y metió la mano en sus bolsillos del pantalón hasta dar con el teléfono móvil, lo guardó en el bolsillo derecho del pantalón y se inclinó hacia su objetivo agonizante.

- El mensaje del maestro fue... que descanse en paz.

La sangre comenzó a manchar la chompa de lana de alpaca de cuello Jorge Chávez y comenzaba a manchar el mármol de la banca. El asesino sintió la excitación de ver la mano de la muerte haciendo su obra. Llevándose uno más del mundo de los vivos para ser otro más que transite por el sendero de la muerte. El asesino caminó hacia el jirón Carabaya con dirección al centro cívico. En el trayecto a solo cuatro o tres cuadras de llegar a su destino se detuvo frente a uno de los basureros verdes, roídos por el óxido, tiró allí el pañuelo con el que había limpiado la sangre de la hoja de su navaja. Se quitó los guantes de nitrilo transparentes que llevaba puesto en las manos, para no dejar huellas en sus víctimas. Su sonrisa era de satisfacción, nada como el trabajo cumplido. Retomó la marcha hacia el centro cívico para luego perderse entre la muchedumbre y desaparecer con rumbo desconocido. Luego llamaría a Ares para confirmar su trabajo y esperar su depósito en su cuenta bancaria.

En la banca de mármol ubicado casi al frente del edificio sudamericano, estaba sentado casi inmóvil Rogelio Santamaría. Temblaba. El frío era cada vez mayor, sentía como la temperatura corporal iba disminuyendo cada vez más y más. Sus pupilas se dilataban cada vez más y la vista se le volvía cada

vez más borrosa. Los recuerdos se arremolinaban en su memoria y lo último que recordó fue el rostro de su madre, el de sus hermanos y la mujer a la que nunca pudo decirle que amaba y a la que pensaba invitar a salir, pero la vida muchas veces no nos da tiempo de hacer tantas cosas y muchas quedan pendientes como asuntos inconclusos que uno se lleva a la tumba. No había más oportunidades para Rogelio Santamaría, sintió el caldo espeso de su propia sangre manando de su cuerpo, sentía como la gravedad hacía su trabajo sobre su cuerpo, inclinó su cabeza por completo y sin poner resistencia sobre el espaldar de la banca de mármol. Su visión cada vez más nublada miraba hacia el cielo turbio de la ciudad bordeando las diez de la mañana, aquella fue la última imagen de su vida antes de que Rogelio Santamaría deje de existir.

Capítulo 13

Ares, como se hacía llamar él mismo, estaba en su habitación, había llegado hacía quince minutos y estaba a la espera de la llamada. La rutina del trabajo lo había dejado agotado a tal punto de encerrarse en su habitación y pedir no ser molestado. Las complicaciones en lo laboral lo habían dejado de un humor de perros. Llegó a casa sin saludar a su mujer, algo que no era usual en él que normalmente era un hombre más afectuoso, pero más que cansado estaba preocupado, algo lo tenía completamente tenso y esperaba la llamada y saber cómo es que había salido todo. Tenía el teléfono móvil sobre el velador. Él estaba echado sobre el edredón de su cama y miraba las manchas que adornaban su techo. Estaba cansado pero ponía resistencia al sueño. Eran ya las diez y cuarto de la mañana. Nada. No llamada. Sentía el latir de su corazón más a prisa de lo normal, palpitares desesperados, desbocados en un tétrico “Pum – pum. Pum – pum”. No hay peor compañía que la desesperación. Pero en el caso de Ares, era el único que podía aceptar en ese momento.

Cuando estaba por darse por vencido frente al sueño y rendirse entre sus brazos, el teléfono móvil repicó sobre su velador, el zumbido sobre la madera del mismo lo hizo volver del sueño que lo empezaba a seducir. Era el asesino, Orlando del Valle. Se puso en pie de un salto y tomó la llamada.

- ¿El mensaje fue entregado? – preguntó Ares con cierta ansiedad mezclada con desesperación.
- Por supuesto que sí, llamaron al mensajero correcto, lo sabe – respondió con la voz rasposa el asesino.
- Perfecto, llamaré al maestro para confirmar la entrega del mensaje y pueda efectuarle el pago por el recado – dijo Ares con cierto alivio.
- Gracias, siempre es bueno colaborar con la hermandad – dijo el asesino con la emoción pintada en la voz.
- ¿Tenemos la otra información? – consultó Ares.
- No quiso cantar el pajarito, pero tengo su móvil así que será cuestión de tiempo saber el nombre de la persona que fue puesta en contacto – respondió el asesino con la calma que siempre lo caracterizó.
- Descúbrelo, investigalo y síguelo, sigue sus rutinas, apréndetelos de memoria y cuando lo creas conveniente, asesínalo, no dejes que se ponga en contacto con nadie más para seguir esparciendo la comunicación – indicó Ares.
- Eso no lo sabemos, quizá ya lo hizo – conjeturó el asesino.
- No logró reunirse con Santamaría, solo tiene la información que logró dejarle en su casilla de voz así que mucho no sabe, pero si logra involucrar a terceros, asesínalos, nadie tiene que saber de nosotros ni mucho menos volver a tener interrupciones en el ritual la próxima noche que se vuelva a realizar – dijo Ares.
- Serán muchas muertes, esto levantará polvo – dijo el asesino.
- Entre nosotros hay gente de mucho poder, poder político incluso que están en el gobierno y están algo nerviosos con este tema, sobre todo que se sepa quiénes son y que sus identidades se filtren a la ciudadanía – dijo Ares.
- Será entonces como lo ha ordenado el maestro – dijo el asesino con plena sumisión.

La comunicación terminó. Ahora Ares estaba más tranquilo. Aliviado en algo. Sólo faltaba saber a quién había llamado Rogelio Santamaría.

Capítulo 14

Orlando del Valle había llegado a su habitación. Olía a humedad. El clima estaba cargado con la tensión de la jornada y los vapores de los desaparecidos por su navaja táctica carabela. Sentado en su silla de aluminio, las patas estaban corroídas por el óxido de la humedad de aquel recoveco. El teléfono móvil de la víctima reposaba sobre su mesa de noche, aún no había logrado acceder al aparato, un detalle que no había contemplado, el aparato era táctil y tenía patrón de bloqueo. Patrón que desde luego, no tenía. Lo estuvo contemplando por largos minutos haciendo una mueca de desprecio, como siempre que no podía lograr un objetivo. Pensaba. Miraba fijamente el aparato buscándole la forma de solucionarlo.

No había forma de acceder al equipo móvil y obtener la información que requería para culminar con su trabajo, la única solución que se le ocurrió era poner el chip en su equipo para poder acceder a la información. Esbozó una sonrisa, sabía que la idea iba a funcionar.

- El que busca encuentra.

Desmontó el equipo de su víctima, retiró el chip y lo colocó en su equipo. Lo encendió y en la pantalla apareció el logo del operador. En sus pupilas resplandecía el color azul de la pantalla que se encendía. Al cabo de unos segundos en la pantalla apareció un mensaje.

Ingresar clave:

El asesino se dispuso a ingresar su clave de trece dígitos en la pantalla, miraba con ansiedad “Funcionó” se dijo para sus adentros con mucha satisfacción. La pantalla arrojó el mensaje que esperaba.

Contraseña correcta...

Iniciando... espere

En cuestión de unos segundos, Orlando del Valle estaba accediendo al equipo con el chip de su víctima. La información del registro de llamadas estaba frente a él, una sonrisa de satisfacción y luego una carcajada. Estaba consumando su misión y pronto cumpliría todo el trabajo y complacería al maestro. El registro de las llamadas reveló el nombre de las últimas llamadas, la última debía haber sido la de Ares aunque mostraba su verdadero nombre y eso a él le daba una salvaguarda por si tenía que ajustar cuentas con un traidor a la hermandad o un timador que haga una mala jugada. La penúltima llamada según la hora era la que delataba el nombre de la persona a quien habría llamado Rogelio Santamaría. “Te tengo, ya eres mío” se dijo para sí mismo con gran regocijo. Pero la felicidad no le duró mucho rato, empezó a verificar todo el registro completo de llamadas lo que reveló que no había llamado a nadie más y que no había recibido otra llamada a parte de la de Ares para el encuentro al que nunca llegaría, pero para su mal, el registro de mensajes de texto, no reflejaba lo mismo “Hay una tercera persona... esto se está complicando” se dijo mientras tomaba nota de los datos del destinatario del mensaje. Aquel último hallazgo delataba una sucesión inevitable de más muertes “El fin justifica los medios”.

Capítulo 15

En la habitación 408 del complejo del condominio torre blanca en Jesús María, dormía plácidamente Ricardo vasallo. El despertador que había programado había sonado hacía ya media hora y él ni lo había sentido. El cansancio por el desvelo lo tenía completamente agotado. Despertó. Abrió los ojos lentamente y se sobó los párpados con las manos haciendo puños. Dio un bostezo y se sentó al borde de la cama para terminar de despertarse, el reloj ya marcaba casi las once de la mañana. Al consultar el teléfono móvil las notificaciones en la pantalla le indicaban que había recibido mensajes al WhatsApp, correos electrónicos y llamadas ingresantes que en su momento no logró tomar.

Dio prioridad a los correos para saber si alguno era de cierta relevancia para él, recibos electrónicos de cuentas por pagar, información comercial de algunas suscripciones y nada más que le llame la atención; los mensajes al WhatsApp eran del grupo que tenía creado de sus ex compañeros de colegio – al menos algunos cuantos – con quienes a veces coordinaban para reunirse en casa de alguno de los muchachos a tomarse unos tragos y conversar de cómo les está yendo, las llamadas perdidas la dejó para el último, pero al ver el nombre de quien lo había llamado hasta en dos oportunidades sin éxito de contacto con él lo dejó perplejo “Esto debió de haber sido importante, son dos llamadas tuyas”. En efecto, Rogelio Santamaría lo había llamado esa cantidad de veces. Dos llamadas perdidas. Ricardo Vasallo decidió llamar al número de Rogelio Santamaría, caminaba de un lado a otro pero el aparato daba la misma respuesta. Apagado. Tres intentos. Misma respuesta. Estaba bastante intrigado por el motivo de la llamada, Rogelio Santamaría no era muy allegado a él, era el hermano menor de un ex compañero de colegio, Octavio Santamaría. Volvió a sentarse al borde de la cama cuando fue que descubrió un icono en su pantalla del teléfono móvil que no había notado a simple vista “Un mensaje de voz” se dijo para sí mismo con cierta extrañeza. Marcó el número de la casilla de voz y la locución le confirmó que tenía un nuevo mensaje de voz “Marque uno para escuchar el siguiente mensaje de voz”, el teclado numérico apareció en la pantalla del móvil y marcó el número uno, en cuestión de segundos logró oír el mensaje que le había dejado Rogelio Santamaría “Necesito que me ayudes a investigar un caso muy extraño, algo extraño está sucediendo en la empresa en la que estoy trabajando, no sé cómo explicarlo, en la madrugada hallamos a un compañero tendido en el suelo completamente inconsciente, indicó escuchar voces extrañas y en realidad yo también las oí, pero lo extraño es que en el segundo sótano donde sucedió esto no hay nada, está prohibido bajar hasta allí y sin embargo juro que oí voces también pero no había nada ni nadie y al parecer quieren dejar el tema aquí, sin investigar más a fondo los hechos, no sé qué le pasó a mi compañero pero ahora está en coma internado en una clínica, se dice que ese lugar está maldito, que se suicidaron allí abajo hace muchos años, lo extraño que antes nunca ocurrió cosas como esta y recién esta madrugada sucedió esto, por favor, llámame en cuanto oigas este mensaje, necesito saber si puedes ayudarme con este caso o con algunos de tus contactos”, Ricardo Vasallo no daba crédito a lo que estaba oyendo, volvió a oír el mensaje de voz una vez más para tratar de entender lo que trataba de decirle su interlocutor “¿Qué está pasando en esa empresa?” se preguntó. Estos temas sobre asuntos paranormales eran mucho de su agrado, por algo era escritor de libros de terror y ciencia ficción, pero esto sobre pasaba todo lo que había logrado oír de otras personas para recabar información y escribir sus novelas. Voces en el segundo sótano de una fábrica textilera que se supone está inhabilitada desde años y quien tuvo aparentemente un contacto más cercano con aquel acontecimiento está en una clínica con un pronóstico reservado, no se sabe a ciencia cierta qué es lo que le pasó a aquel hombre pero sea lo que sea que haya visto allí abajo lo ha dejado en coma “O quizá fue algo que no debió ver” comenzó a especular Ricardo Vasallo ahora más intrigado que hace unos minutos.

Volvió a insistir con el número de Rogelio Santamaría. Nada. Apagado. Intentaba pensar qué podría ser aquello que oyó el compañero de servicio de Rogelio Santamaría, el fantasma de aquel antiguo operario que se había suicidado allí hacía algunos años, pero lo que no cuadraba era por qué hasta ese momento había elegido empezar a manifestarse y sobre todo a atacar a alguien al punto de dejarlo en estado de coma, aquella no podría ser la explicación más lógica. En ese momento supo que tenía un caso muy interesante y además podría conseguir un buen tema para su próxima novela justo en los días en los que estaba estancado y corto de inspiración, decidió también que no seguiría escribiendo más el artículo de política que le había solicitado Harold de Castro “al carajo la política” se dijo mientras comenzaba a alistar la ropa que se iba a vestir. Había decidido darse un duchazo y salir con rumbo a la casa de los Santamaría en el Rímac “Si Mahoma no va a la montaña, la montaña irá a

Mahoma” se dijo mientras alistaba todo para el baño que iba a tomar para terminar de despertarse antes de salir de su departamento.

Capítulo 16

La casa familiar de los Santamaría quedaba en una esquina de la calle las Dunas en el distrito del Rímac. Cerca de las diez de la mañana un par de efectivos policiales le habían notificado con voz pesame que uno de sus integrantes había sido hallado sin vida en una de las bancas de la plaza San Martín, asesinado apuñalado, los indicios de las investigaciones preliminares arrojaban algún tipo de ajustes de cuentas, tenía consigo su billetera con toda su documentación lo que es permitió identificar al occiso con rapidez y además tenía consigo su dinero así que el robo no era el móvil del asesinato, además estaba sentado en la banca de forma natural, lo habían asesinado en esa misma banca mientras estaba sentado lo que le daba a sospechar a la policía que la víctima – Rogelio Santamaría – conocía a su asesino. Todos en casa estaban consternados por la noticia, ninguno de sus familiares daban crédito de lo que estaban oyendo, querían creer que era una confusión, una pesadilla, pero cuando la madre de Rogelio Santamaría recibió de manos de uno de los efectivos policiales la billetera de su hijo con toda su documentación supo que no era una equivocación, a aquella mujer de casi setenta años le habían asesinado a uno de sus hijo y empezó a llorar desconsoladamente. La pareja de esposos, patriarcas de la familia Santamaría abordó el patrullero y fueron con los efectivos hacia la morgue central de Lima para identificar el cuerpo de su hijo. Octavio Santamaría, el mayor de los cuatro hermanos se quedó en casa para junto a su hermana Azucena ver todo lo referente a los detalles del velatorio del hermano asesinado, Azucena iba a hablar por el párroco del barrio para que se realice esa tarde una misa de cuerpo presente en la parroquia San Pablo Apóstol, precisamente en donde se habían casado sus padres y donde habían sido bautizado y recibido la primera comunión todos los hijos del matrimonio Santamaría. Poco a poco comenzaron a llegar los vecinos para dar las condolencias a la familia. La noticia de la muerte del menor de los Santamaría había corrido como reguera de pólvora por todo el barrio.

Una llamada al teléfono familiar que reposaba en el segundo nivel de un esquinero de pino que compró el matrimonio hace casi cuarenta años cuando se mudó a la vieja casa familiar, en la esquina de la calle las Dunas. Octavio Santamaría se repuso por un instante de la congoja de la pérdida del hermano menor y se dirigió hacia el teléfono para tomar la llamada. Una voz desconocida al otro lado de la línea. Era un hombre preguntando por Rogelio Santamaría.

- Buenos días, quisiera comunicarme con Rogelio por favor – dijo la voz desconocida y ronca del hombre que llamaba.
- ¿Quién habla? – preguntó Octavio Santamaría con un nudo en la garganta.
- Soy un compañero del trabajo, quería comunicarme con él, disculpe que los incomode al teléfono de la casa es que lo estoy tratando de localizar a su móvil pero me manda directo para la casilla de voz, creo que se quedó sin batería ¿Se encontrará despierto o ya está descansando? – respondió el hombre pausado.
- Mi hermano... murió esta mañana, hace unos minutos unos efectivos llegaron a casa para comunicarnos que lo encontraron muerto en una de las bancas de la plaza San Martín apuñalado, lo han asesinado – dijo Octavio Santamaría sin poder contener más aquel nudo en la garganta y rompió en llanto.
- No sabe cuánto lo siento, créame que me he quedado helado con la noticia que usted me acaba de dar, hace solo unas horas que estuve con él en pleno servicio y mire lo que sucede, definitivamente somos solo aves de paso en esta vida, hoy estamos y mañana quién sabe lo que el destino nos tenga reservado, por favor haga presente mis condolencias a toda su familia – dijo el hombre con una voz apesadumbrada.
- Muchas gracias, quisiera saber si usted sabía de algún problema que mi hermano haya tenido con alguien en la empresa, alguien que lo haya amenazado o qué podría estar él haciendo por la plaza San Martín a esa hora si esa no es la ruta habitual para llegar a casa, a lo mejor y le haya comentado algo sobre lo que podría estar haciendo por el centro – consultó Octavio Santamaría tratando de calmar el sollozo.
- Me encantaría ayudarlo, pero en verdad no sé qué podría haber estado haciendo en aquel lugar y a esa hora, nos despedimos como siempre y dijo que iría a casa a descansar – dijo el hombre.

- Hoy más temprano me envió un mensaje de texto algo extraño que no sé lo que significa, es más, no entiendo ni el por qué me envió algo como eso, si tan solo pudiese descifrar lo que significa quizá pueda tener mayor luz de lo que pasó con mi hermano y de por qué lo asesinaron – explicó Octavio Santamaría.
- Esto en verdad es muy extraño y lamentable, comunicaré sobre esta lamentable noticia a todos en la empresa, me gustaría saber a qué hora será el velatorio y si no fuera mucha molestia también la dirección de la casa para poder asistir con los compañeros a darles el pésame y acompañar a la familia aunque sea unos minutos en este momento tan difícil que les está tocando atravesar – solicitó el hombre.

Octavio Santamaría le indicó al sujeto que llamaba cuál era la dirección exacta para llegar a su domicilio, las referencias y la hora en la que se llevaría a cabo la misa de cuerpo presente para su hermano en la parroquia San Pablo Apóstol. El hombre al otro lado de la línea repetía los datos como si fuese el eco de Octavio Santamaría mientras lo anotaba en alguna hoja.

- Mis padres partieron con los efectivos policiales hacia la morgue central de Lima para reconocer el cuerpo de mi hermano, luego los trámites de retirar el cuerpo y las gestiones funerarias – explicó Octavio Santamaría.
- Lamento mucho por lo que están pasando, en serio, no saben cuánto lo lamento, comunicaré a los compañeros para darnos un salto y acompañar a la familia en este momento tan difícil que les está tocando vivir – dijo el hombre que llamaba.

La llamada terminó. Octavio Santamaría comenzó a caminar por toda la casa, parecía querer perderse en un tiempo extinto hace mucho, miraba las paredes como buscando las pintas de su hermano Rogelio como cuando tenía cuatro años y rayaba las paredes con los crayones y él cuatro años mayor que él lo perseguía para regañarlo. Caminó por la sala y miraba la mesa con las sillas a su alrededor y recordaba la cena navideña del año anterior, el brindis y el deseo de su hermano asesinado de querer retirarse el siguiente año del rubro de la seguridad privada para poder ponerse a estudiar alguna carrera que aún no decidía “La próxima navidad la pasaré otra vez con ustedes pero como estudiante de una carrera profesional, sea cual sea” había dicho Rogelio Santamaría alzando la copa del espumoso. Aquella promesa no se cumpliría.

Capítulo 17

Ricardo Vasallo se terminaba de vestir con premura y tratando de ganarle al reloj que estaba a punto de marcar ya el medio día. Tenía el teléfono móvil descansando sobre la cama y timbrando el número de Harold de Castro, al tomar la llamada se oyó la voz ronca de su ex compañero de universidad, estaba en altavoz para tener las manos libres y poder continuar vistiéndose.

- Espero que me llames para decirme que ya terminaste el artículo, estás bastante retrasado están a punto de cerrar la edición de hoy y el artículo debe estar listo para que pueda salir en la edición de mañana – dijo Harold de Castro algo irritado.
- Me temo que no es por eso que te estoy llamando Harold, no voy a poder terminar el artículo, me acaban de pasar un dato de un caso y...
- ¿Espera Ricardo, me estás diciendo que no vas a terminar el artículo porque se te presentó otro caso más importante y me lo dices recién ahora? ¿Sabes en el lío en el que me estás metiendo? – dijo Harold de Castro ahora completamente ofuscado.
- Sé que es de último momento pero esta noticia también me salió de último momento y estoy ahora precisamente yéndome a ver a mi fuente, lo siento Harold en verdad lo siento, además tú sabes bien que esto de la política nunca ha sido de mi total interés, gracias por la oportunidad de todas formas y una vez más disculpa – dijo Ricardo Vasallo tratando de sosegar la rabia de su ex compañero de universidad.
- No digas más Ricardo, no digas más, por favor, trataré de solucionar este gran problema en el que me has metido, darle la cara al comité editorial, ver si puedo conseguir a otro periodista serio y con ambiciones reales que quiera ser un verdadero periodista, espero que luego no te arrepientas de esta oportunidad que estas dejando pasar por perseguir tus historias de fantasmas y resucitados porque seguramente por algo así estás dejando de escribir este artículo – dijo Harold de Castro antes de cortar la llamada.

Ricardo Vasallo guardó el teléfono móvil en el bolsillo derecho del pantalón dril que vestía “Ya luego entenderá la importancia de este caso” se dijo para sí mismo mientras buscaba su chaqueta de cuero negro y las llaves del departamento para salir con rumbo a casa de Rogelio Santamaría. Mientras bajaba las escaleras volvió a marcar el número de Rogelio Santamaría pero una vez más la locución de la operadora le indicó que el número marcado no estaba disponible y que deje su mensaje en la casilla de voz, decidió entonces llamar a Octavio Santamaría para avisar que iba a su casa y confirmar si estaban allí y más aún si su hermano Rogelio se hallaba en casa, asumía que quizá se encontraba descansando y apagó el celular para no ser molestado, lo que le parecía algo extraño tomando en cuenta su tono de urgencia y que quería que se le devuelva la llamada “Algo extraño está pasando aquí” pensaba mientras salía del condominio con dirección hacia la avenida Alfredo Lazo para abordar un taxi. El teléfono daba varias timbradas hasta que Octavio Santamaría tomó la llamada.

- Ricardo, qué gusto escucharte, gracias por la llamada en este momento – dijo Octavio Santamaría al otro lado de la línea con la voz pesada de dolor.
- ¿En este momento? No entiendo Octavio, estoy llamándote porque estoy camino a tu casa, quiero hablar con urgencia con Rogelio pero cada vez que lo llamo me manda a la casilla de voz – explicó brevemente Ricardo Vasallo.

Un silencio se interpuso entre ambos.

- ¿No sabes entonces lo que pasó con mi hermano? – preguntó Octavio Santamaría entre sollozos.
- Octavio ¿Qué está pasando? Rogelio me llamó esta mañana para contarme algo que pasó en su empresa por la madrugada, quería pedirme mi ayuda para investigar ese caso pero estuve hasta muy tarde trabajando en un artículo que no escuché el móvil, no le pude contestar y me dejó un mensaje en la casilla de voz que escuché cuando desperté, lo estuve llamando pero su móvil está apagado desde entonces – dijo Ricardo Vasallo quien se había detenido al costado de un poste de semáforo para hacerle la parada a un taxi.

- No sabía que mi hermano te había llamado ni que había pasado algo extraño en su empresa, Rogelio no está en casa Ricardo... mi hermano fue asesinado esta mañana – dijo Octavio Santamaría mientras no pudo contener más el llanto por la pérdida de su hermano.

Ricardo Vasallo quedó petrificado. Sintió como una gélida sensación le recorría todo el cuerpo, no podía creer lo que acaba de oír por parte de Octavio Santamaría “Rogelio Santamaría había sido asesinado”.

- No puedo creer lo que me estás contando Octavio, te uro que no puedo creerte – dijo Ricardo Vasallo.
- Tampoco yo mi amigo, ni la familia, nadie, esta mañana llegaron efectivos policiales a la casa con la mala noticia, lo encontraron en una de las bancas de la plaza San Martín con una herida provocada por una puñalada, murió desangrado, no le robaron nada, tenía su billetera con su dinero intacto y sus documentos completos que fue lo que le permitió a la policía identificarlo, solo le faltaba su móvil, no entiendo Ricardo, no sé qué es lo que pudo motivar a alguien a asesinar a mi hermano y solo llevarse su móvil cuando pudo llevarse el dinero que llevaba, la policía descarta el robo y sostiene que quizá sea un ajuste de cuentas, pero eso es imposible, mi hermano no tenía enemigos que sepamos nosotros, aunque ese trabajo que tiene a veces te deja enemigos sin buscarlo – dijo Octavio Santamaría algo más calmado.
- Eso sí es extraño, si fuese un ajuste de cuentas normalmente las víctimas suelen ser amenazados antes como para tratar de doblegarlos pero si así hubiese sido ustedes lo hubiesen sabido ¿Cierto? – dijo Ricardo Vasallo.
- ¿Amenazas? No. Hasta donde sabemos nosotros mi hermano nunca recibió amenazas, de haber sido así lo hubiésemos visto en una actitud extraña y eso nunca pasó, no definitivamente nunca fue amenazado previamente a su asesinato – dijo Octavio Santamaría.
- Esto me suena muy extraño, esta madrugada pasó algo extraño en la empresa para la que trabaja y por eso intentó contactarse conmigo, para investigarlo, lo que me dijo es que no querían darle muchas vueltas al asunto y dejarlo como un simple accidente laboral, Rogelio creía que algo extraño estaba pasando, quería hablar conmigo urgentemente y lo asesinan esta misma mañana, no sé Octavio, pero esto me deja mala espina, creo que estas cosas no son casos aislados, tengo el presentimiento que se conectan entre sí – dijo Ricardo Vasallo.
- ¿Insinúas que atentaron contra la vida de mi hermano para que no hable sobre lo que pasó en la empresa? – preguntó intrigado Octavio Santamaría.
- Me temo que sí, amigo mío – afirmó Ricardo Vasallo
- Ahora que lo recuerdo, mi hermano me envió en la madrugada un mensaje de texto de lo más extraño, no sé si tenga algo que ver con lo que pasó hoy en la empresa – dijo octavo Santamaría.
- Octavio, por favor, envíame ese mensaje de texto, puede servirme para entender lo que pasó y el por qué asesinaron a Rogelio, si fue un atraco desafortunado o fue para silenciarlo – dijo Ricardo Vasallo.
- Algo extraño también, no entiendo que hacia mi hermano por la plaza San Martín a esa hora, no es la ruta habitual para llegar a casa, lo que los policías dijeron es que estaba sentado y no había signos de lucha o de forcejeo por parte de mi hermano en contra de su víctima, era como si él conociera a su asesino y lo atacó sin que él se lo espere, no lo vio venir – dijo Octavio Santamaría.
- Posiblemente alguien en quien él confiaba, algún conocido lo citó a aquel lugar, alguien que se ofreció a ayudarlo en este caso y al final quizá también estaba involucrado o quiere evitar que se llegue más a fondo, esto es muy extraño, por favor no te olvides de reenviarme ese mensaje de texto – dijo Ricardo Vasallo.
- Si amigo mío, no te preocupes, así lo haré – dijo Octavio Santamaría.
- Y en verdad, lamento mucho esta pérdida para tu familia, Rogelio fue un gran hombre y siempre lo recordaremos con una gran sonrisa, si no te importa, me gustaría ir de todas formas a tu casa, para acompañarlos en estos momentos y ayudarlos en lo que pueda y de pasada tratar de desentrañar este asunto – dijo Ricardo Vasallo.
- Sí, está bien, te lo agradecería mucho, te espero amigo mío – dijo Octavio Santamaría.

Ricardo Vasallo trataba de digerir la noticia que había recibido por parte de Octavio Santamaría, trataba de asimilarlo sin evitar recordar al desaparecido Rogelio Santamaría, precisamente en una reunión familiar organizada en la casa paterna de los Santamaría en la esquina de la calle las Dunas en el Rímac. Le hizo la parada a un taxi. Abordo el Hyundai Tucson sentándose en el asiento trasero al conductor, le dio la dirección y el conductor del taxi la ingresó en su navegador GPS para tener mayores referencias de la dirección solicitada por su cliente. Ricardo Vasallo pagó el costo de la carrera hasta la casa paterna de los Santamaría. Veinticinco soles “Una ganga” había pensado Vasallo. Miraba el mundo externo a través del cristal de la ventana. Gente caminando a prisa de retorno o en camino a la misma rutina de siempre. Pensaba en que aquella investigación que estaba por emprender lo llevaría a grandes riesgos incluso a enfrentarse a situaciones cercanas a la muerte como sucedió con Rogelio Santamaría. El timbre que emitió su teléfono móvil lo arrancó de golpe de su ensimismamiento y lo volvió a la realidad. Era el mensaje que le había solicitado a Octavio Santamaría. Sacó el aparato de su bolsillo y revisó el mensaje, una expresión de perplejidad se apoderó de su rostro “Realmente este mensaje es muy extraño” pensaba mientras lo leía, una y otra vez, sin llegar a comprenderlo.

**CORREO:
ALFA ROMEO INDIAN ECO SIERRA QUINTO CUARTO**

Capítulo 18

El vehículo aparcó frente a la casa paterna de los Santamaría. La calle Las Dunas estaba casi desierta, comúnmente siempre había una fisgona o un borrachito merodeando la calle, pero, en ese preciso instante, no había nada, ni nadie. Dicen que cuando las cosas están destinadas a pasar, no hay fuerza ni de este ni de otros mundos capaces de interceder por uno. Sencillamente sucede, y el día no se iba a terminar sin cobrarse una víctima más para luego ir por las que fueran necesarias para proteger el secreto de la existencia de aquella comunidad de gentes tan antiguas como el mundo mismo, de los selectos que conformaban la hermandad guardiana de aquella misma comunidad ancestral que anhelaba a todo precio volver a reinar en el mundo, como lo había hecho en el pasado, aquel pasado de aquellas glorias que nunca habían olvidado y se negaban a olvidar.

“La luna roja pronto volverá a reinar en la oscuridad” pensaba Orlando del Valle, parado frente a la puerta de la casa de los Santamaría. Vestía de negro como siempre que salía a hacer sus labores de mensajero de la muerte. Su navaja táctica descansaba en el interior de uno de los bolsillos de su pantalón, lista para cumplir con su misión, la de calmar el dolor ajeno ayudándolos a dejar este mundo para cruzar el umbral hacia otro mejor o la de justiciera y dar castigo a quienes la merecen por haber realizado malas acciones que deben de ser sancionados con la pena máxima en toda cultura y sociedad: la muerte.

El timbre de la casa de los Santamaría sonó. Una vecina quien ayudaba a los preparativos para recibir el cuerpo de difunto miembro de la familia fue quien acudió a abrir la puerta y ver quien llamaba. La mujer de cincuenta y seis años quedó horrorizada al ver el aspecto del hombre que estaba frente a ella, por un instante quiso estrellarle la puerta en las narices pero decidió reprimir aquel deseo que hubiese sido una descortesía además de ser un acto de gran prejuicio, juzgar a una persona por su apariencia o vestimenta no era justo para ningún mortal sobre la tierra.

- Buen día mi señora, vengo a buscar a Octavio Santamaría, hablé con él por teléfono hace como una hora, soy compañero de trabajo de Rogelio Santamaría, vine a expresar mis más dolidas condolencias – dijo el visitante.

El gesto tenso en el rostro de la mujer se fue apaciguando poco a poco hasta suavizar su expresión hacia aquel hombre. Su forma pausada de hablar le había cambiado la percepción inicial al verlo parado frente a la puerta con esa facha y ese tatuaje en el cuello. Un cuervo. El ave representativa de la hermandad. Dicen que la primera impresión es la que cuenta aunque a veces hay que darle espacio y cabida a una segunda para poder tener una mejor apreciación de una persona. Aquella mujer estaba empezando a tener una segunda y mejor impresión de aquel hombre misterioso quien se presentaba como compañero del difunto y que hablaba muy educadamente y fue confiando más en él, aunque luego lo lamentaría, muchas veces las malas intenciones suelen disfrazarse de buenas para confundir a sus destinatarios.

- Buenos días joven, por favor, no se quede usted en la puerta, adelante, tome asiento, en seguida llamare a Octavio para que pueda atenderlo – dijo la mujer correspondiendo a la amabilidad de aquel hombre haciendo un ademán de invitarlo a pasar.
- Es usted muy amable, señora – respondió del Valle, entrando en el territorio de su próxima víctima.
- Es una tragedia lo que sucedió con el pobre Rogelito, conozco a la familia desde que los padres se mudaron al barrio recién casados y a los muchachos desde bebidos y mire usted, hoy enterramos a uno por culpa de un miserable, ojalá y la policía lo encuentre y lo refunda en la cárcel – dijo la mujer con la voz cargada de rabia mientras cerraba la puerta principal de la casa.
- Espero lo mismo que usted, señora, uno nunca sabe en qué esquina se oculta un asesino y en qué momento nos va a atacar – dijo del Valle con una expresión indiferente en el rostro, mientras tomaba asiento en el mismo sofá en donde se había sentado Octavio Santamaría al momento que conversaba con él por el teléfono.
- Por favor, está usted en su casa, en seguida llegará Octavio para que lo pueda atender – dijo la mujer mientras caminaba hacia un pasillo de la casa que conducía al patio trasero luego de pasar por la cocina.

Orlando del Valle observaba toda la casa, como si estuviese estudiando el territorio de su próxima víctima. El decorado de las paredes era básicamente con cuadros de pinturas artesanales, comprados y traídos desde Cusco o Ayacucho. Cuadros con fotos familiares. Una familia grande y feliz que estaba a punto de sumirse en una desgracia aún más grande. Al cabo de unos minutos, apareció por el mismo pasillo por donde se había marchado la mujer un desencajado Octavio Santamaría, parecía haber envejecido unos años más en tan solo unas horas. Ambos se estudiaron brevemente con la mirada, un velo de duda asomó por los ojos de Octavio Santamaría, dicen que uno suele tener ciertos reflejos de supervivencia cuando la muerte está por lanzar su zarpazo, pero sería inútil, aquella tarde la muerte había enviado a su mejor mensajero para ir por él.

- Un gusto poder conocerlo en persona, Octavio, conversamos por teléfono hace poco menos de una hora – dijo el asesino, poniéndose de pie y acercándose a su objetivo para estrecharle la mano.
- El gusto es todo mío...
- Orlando del Valle, compañero de Rogelio en la textilera – se adelantó en decir el asesino.
- Disculpe mi expresión de sorpresa, solo que pensé que llegaría dentro de unas horas más y no tan pronto y además con otros de los compañeros de mi hermano – dijo Octavio Santamaría.
- Si, lo sé, lo entiendo perfectamente, ellos vendrán desde luego, pero preferí adelantarme ya que tendré otras actividades más tarde y quizá tenga una complicación con el horario y yo soy muy estricto con mis horarios de trabajo – respondió del Valle.
- Entiendo, pero por favor, tome usted asiento – dijo Octavio Santamaría con además mostrando el sofá en donde se había sentado ya el asesino.
- Muchas gracias, imagino por lo que deben estar pasando, el trabajo de la muerte es poco comprendido por las personas, siempre entrega su mensaje cuando nadie se lo espera – dijo del Valle mientras se ponía cómodo en el sofá.
- Cierto, la muerte siempre tan inoportuna – musitó Octavio Santamaría.
- ¿Habló usted con su hermano en el transcurso de sus últimas horas de vida? ¿Le contó algo extraño? – preguntó Orlando del Valle con la frialdad en sus pupilas, mirando fijamente a su objetivo, quien estaba sentado en el sofá que estaba frente a él.
- La verdad... no... no tuve ninguna comunicación con mi hermano en sus últimas horas ¿Por qué esas preguntas? – consultó intrigado Octavio Santamaría.

El asesino sabía que había llegado la hora de cumplir con lo suyo, mientras más rápido termine mucho mejor, no podía quedarse mucho tiempo en casa y exponerse a que más personas lleguen, aquello le dificultaría el trabajo o tendría que asesinar a más personas, lo cual serían demasiados daños colaterales. Le gustaba hacer trabajos limpios y sin dejar cabos sueltos. Se puso en pie y su mirada se tornó aún más penetrante, miraba fijamente a su víctima y este a su vez comenzaba a sentir una cierta sensación de tensión, hay quienes dicen que es como la melodía de la muerte que está por venir por uno, ese palpitar desbocado del corazón latiendo con tensión y quizá algo de miedo. Caminó lentamente a él. Octavio Santamaría quiso ponerse de pie pero cuando estaba casi ya incorporado una mano fuerte lo volvió a sentar con tal brusquedad que el miedo ahora si era completo, abrió los ojos como dos platos y sabía que algo extraño estaba sucediendo.

- No se preocupe más, el mensaje de la muerte es muy breve y nosotros sus mensajeros tenemos la noble labor de hacérselos sencillo para que lo puedan entender sin más preámbulos, el viaje será corto y la sensación de dolor no dura nada, una transición muy breve entre este mundo y los otros – le dijo el asesino mientras una sonrisa comenzaba a aparecer con cierta languidez en el rostro ovalado de Orlando Santamaría.
- ¿Quién es usted? Usted no es compañero de mi hermano ¿Qué quiere de mí? – preguntó con la voz cargada de miedo Octavio Santamaría.
- Muchas preguntas, nunca es bueno saber demasiado, a veces el saber demasiado puede convertirse en una sentencia de muerte, como en el caso de su hermano, pero no se preocupe, el mensaje de la muerte para él fue breve y entendible, soy buen mensajero – respondió del Valle mientras metía la mano a su bolsillo para sacar la navaja táctica y cumplir con su misión.

- ¿Fuiste tú, maldito hijo de perra, el que asesinó a mi hermano? – preguntó Octavio Santamaría con la sangre en el ojo y ardiendo de rabia.
- El mismo que también acabará contigo – respondió el asesino con una sonrisa de satisfacción.

Octavio Santamaría intentó nuevamente ponerse en pie y una vez más fue inútil, la misma fuerza, la misma mano del mismo hombre extraño en su casa lo había vuelto a sentar en el sofá con la misma rudeza que la primera vez, fue en ese momento que logró verlo, el tatuaje de un cuervo en el cuello de aquel hombre, intentó gritar para pedir auxilio pero, el grito no fue muy prolongado, un frío en las entrañas ahogó aquel grito hasta hacerlo desaparecer por completo, Octavio Santamaría bajó la mirada hacia el vientre y vio una mancha roja en su polo, la sangre pronto comenzó a manar, el líquido rojizo era caliente y hacía un recorrido en línea recta hasta llegar a manchar el sofá, las miradas de ambos hombres se cruzaron y se mantuvieron por unos segundos. La de Orlando del Valle ardía de satisfacción mientras hundía la navaja en el vientre de su víctima mientras que la de Octavio Santamaría se iba apagando, una vida se extinguía en sus pupilas, era la suya propia. El asesino no quería dejar cabos sueltos así que retiró la navaja con brusquedad y le volvió a propinar otra puñalada en el mismo lugar de la herida, esta vez, la mirada de Octavio Santamaría se comenzó a nublar, su asesino lo recostó contra el espaldar del sofá y su cabeza sucumbió a la gravedad del peso y se acomodó como si fuese a tomarse una siesta, al fin y al cabo, la muerte era ello, dormir sin opción a despertar nunca más, el sueño profundo. Sacó un paño del otro bolsillo y limpió la sangre de su navaja táctica para enfundarla y guardársela en el mismo bolsillo de donde la había sacado. Miró con desprecio a su víctima y contemplaba su trabajo “La muerte es una verdadera obra de arte y ser su mensajero es un gran honor” pensaba mientras veía como Octavio Santamaría daba sus últimos suspiros antes de morir, tenía que asegurarse de que no quede con vida, los errores eran algo que no se perdonaban en los círculos más altos de la hermandad, los errores se pagaban con sangre y era un precio que Orlando del Valle no estaba dispuesto a pagar. En tan solo unos segundos Octavio Santamaría había dejado de existir. El asesino guardó la navaja en el bolsillo y camino hacia la puerta, con el mismo paño con el que había limpiado su navaja la abrió para así evitar dejar sus huellas en ella, así como había evitado tocar cualquier superficie de la casa, salvo a su víctima. No cerró la puerta y salió hacia la calle Las Dunas y se perdió entre sus cuadras que en ese momento contaba con algunas personas transitando. La fisgona ya había asomado la nariz por la ventana para ver si había algo novedoso que observar y el borrachito ya doblaba la esquina de la cuadra con la misma chata de ron de siempre. Pero el mensaje había sido entregado. La muerte había pasado por la casa de los Santamaría una vez más.

Un grupo de vecinos se acercó a la casa de los Santamaría minutos más tarde, cuando la mujer cincuentona había salido gritando a la calle “¡Lo han matado! ¡Lo han matado!” y supo en aquel entonces, que su primera impresión había sido correcta pero se dejó engatusar fácilmente por el disfraz de las palabras, el camuflaje perfecto para tapar las malas intenciones: el buen verbo.

Capítulo 19

En uno de los despachos legislativos, el hombre alto y de ojos café revisaba su cuenta de correo personal para enterarse de alguna última noticia acerca de aquel asunto inconcluso. Nada. Ningún correo nuevo desde la madrugada en que recibió aquel correo que le terminó por quitar el sueño y la concentración. La duda lo estaba carcomiendo, necesitaba respuestas, saber qué es lo que había sucedido, un reporte con los por menores de lo sucedido. Había decidido realizar la llamada pero no desde la línea telefónica de su oficina, aquella no era una línea segura para él, decidió usar su móvil personal, aquella llamada era de suma importancia. Marcó el número, solo oyó tres timbradas antes de que tomaran la llamada al otro lado de la línea.

- Señor congresista, no esperaba su llamada – dijo la voz lúgubre de un anciano.
- No he vuelto a saber más noticias de lo sucedido esta madrugada, deseo saber qué carajos ha sucedido – dijo irritado el hombre mientras se ponía de pie.
- ¿Podemos hablar por esta línea sin ningún problema, señor congresista? – consultó el anciano.
- Sí, esta línea es segura – respondió el congresista.
- Entonces le informaré lo que me dijeron nuestros hombres – comenzó a narrar el anciano con la voz rasposa.

El hombre alto vestía de terno gris, el cuello de la camisa estaba libre de la corbata para no sentir la sensación de la asfixia. Caminaba de un lado hacia otro en su oficina. Tenía una expresión tensa congelada en el rostro. Se acercó hasta una esquina de su oficina en el que tenía un pequeño bar de caoba, vertió dos cubos de hielo y se sirvió cuatro onzas de Whisky, oía con atención las explicaciones del anciano al otro lado de la línea en algún lugar desconocido del país, o quizá tal vez del mundo. Terminó de beber su trago en cuatro o cinco sorbos, estaba bastante ofuscado por la información que estaba empezando a recibir, se acercó a su escritorio y tomó asiento en su silla ejecutiva giratoria, colocó su vaso dando un fuerte golpe sobre el relieve plano de su escritorio. Las cosas no andaban bien según sus cálculos. El balance de lo sucedido no pintaba nada bien.

- Los miembros de la cúpula política de nuestra sociedad está bastante nerviosa, temen que sus identidades se pongan al descubierto y que se sepa sobre la existencia de nuestra sociedad, eso pondría en grave riesgo nuestros planes de volver a hacernos del control de mundo como fue en un principio, tiene su gente carta blanca para hacer lo que tenga que hacer con tal de evitar que se sepa todo esto – dijo el hombre con los ojos encendidos por la ira.
- Descuide usted, señor congresista, nuestro mensajero está en esos trámites, ahora que tenemos su respaldo político nos servirá para poder avanzar con más tranquilidad, sabiendo que el camino nos será limpiado luego que caminar – dijo el anciano con una clara felicidad en su tono de voz.
- Sabe que estamos en todas partes, ocupamos diversos puestos de poder no solo aquí en este país sino en todo el mundo, sobrevivimos a ese deseo infame de querer desaparecernos de la faz de la tierra pero logramos sobrevivir, hemos vuelto y ahora tenemos el poder suficiente para reinar el mundo, nadie nos lo va a impedir, y quien lo pretenda hacer deberá pagar con su vida – dijo el hombre en el despacho legislativo.
- Somos la madre de todas las sociedades secretas – dijo el anciano con una sonrisa maquiavélica.
- Y muy pronto tendrán que volver al seno familiar – musitó el hombre de ojos café - ¿Cómo van con la búsqueda del otro hombre?
- Vamos bien en ese punto, señor congresista, sabemos que es un periodista, ya lo tenemos identificado y nuestro mensajero lo tiene en el mapa, el agente de seguridad de la empresa y su hermano ya no representan una amenaza para nuestros planes, ya están en el mundo oscuro, pero nos falta este otro cabo suelto antes de que esparza la información – dijo el anciano con la voz rasposa.
- Un periodista, buscaré a uno de nuestros contactos en ese rubro para tratar de ver la forma de sacarlo de circulación si es que nuestro mensajero tarda... o si en caso falla – dijo el congresista.

- Nunca ha fallado, señor congresista, es el mejor – agregó el anciano en defensa del asesino.
- Hasta los mejores fallan alguna vez, no hemos sobrevivido varios milenios por confiarnos, buscaré en nuestra nómina a alguien de peso en el periodismo para desacreditar a ese hombre, por si se le da por revelar esa información la opinión pública lo tome por loco, total, la gente de a pie cree que estas historias de sociedades secretas son mera ficción y eso nos conviene, los mantiene alejados de la realidad: que sí existimos – dijo el congresista con la voz más aliviada.
- Eso es muy cierto señor congresista, creen que no somos reales, cuando en realidad esas sociedades secretas son las que mueven los hilos del mundo – agregó el anciano con su voz rasposa de ultra tumba.
- Y eso lo aprendieron de nosotros, pero pronto pagarán por su traición.

La llamada se cortó en medio de una despedida cordial. El congresista se puso en pie y caminó hacia el lavado privado de su despacho, se arregló la camisa y se colocó la corbata, el nudo no muy ajustado para no sentir esa molesta sensación a la asfixia. Salió del lavado y se vistió con el saco que descansaba en el espaldar de su silla ejecutiva. Tomó su cuaderno de apuntes y su agenda. Llamaron a la puerta. El congresista indicó que pasaran, la puerta del despacho congresal se abrió con lentitud y una mujer joven que no pasaba de los veinticinco años asomó, era su secretaria.

- Disculpe la molestia, señor congresista, pero ya falta poco para que empiece el pleno en el congreso, su vehículo lo aguarda – dijo la mujer que vestía un sastré azul marino y llevaba poco maquillaje.
- Gracias, salgo en seguida, que vaya encendiendo el vehículo – indicó el congresista.

La mujer joven asintió con un movimiento de cabeza. Cerró la puerta y el congresista volvió a quedar a solas en su despacho, antes de salir sacó su móvil del bolsillo y eliminó el número que había marcado y con el que había sostenido una conversación de varios minutos para no dejar rastro de aquella comunicación suya “...no hemos sobrevivido varios milenios por confiarnos...” la precaución extrema era el mejor aliado de las sociedades secretas para mantenerse vigentes y en las sombras. Y esta no era la excepción a esa regla básica: la madre de todas las sociedades secretas.

Capítulo 20

El ajetreo en las instalaciones de textilera americana era fuera de lo usual. El ingeniero Camilo Zavaleta, jefe de seguridad de la planta había llegado poco antes de las diez de la mañana. Los agentes del turno diurno estaban ubicados en sus respectivos puestos. Los empleados administrativos ingresaban y los agentes en la puerta principal corroboraban la identidad con su lista de personal y anotaban la hora de ingreso, a los trabajadores de producción les revisaban sus mochilas o maletines y luego se les hacía una revisión con el detector de metales marca Garret e incluso algunos agentes para asegurarse empleaban el cacheo como opción adicional de revisión para el personal operativo. “¡Abre puerta 1! ¡Abre puerta 2!”. Uno de los agentes de la esclusa de ingreso peatonal daba la voz de mando a través de su radio portátil UHF Motorola EP450 para que el agente que estaba de turno como Olimpo pueda aperturar la puerta mencionada. La garita principal que a su vez funcionaba como centro de control CCTV se apoyaba por las imágenes de sus cámaras en las múltiples pantallas planas LED para saber quiénes estaban a punto de ingresar. El ingeniero Camilo Zavaleta había ingresado raudamente a las instalaciones, dio a penas un saludo apresurado a los agentes y se dirigió por el pasillo hacia su oficina caminado por las líneas peatonales. Era un hombre alto y delgado, cabello lacio siempre recortado con corte militar, ojos redondos y pardos y siempre vestido de ropa casual.

Los vehículos de gerencia habían llegado minutos antes que el ingeniero Zavaleta. Un Audi plomo en el que viajaba el presidente del directorio, Marlon Blume, en un Hyundai Tucson negro llegaba Antonio Melek, gerente de ingeniería, un Subaru Impreza rojo que conducía Fabricio Blume, recientemente nombrado gerente general de la compañía desde que su padre, Marlon Blume había asumido la presidencia del directorio; y en un Mercedes Benz azul en el que llegaba Patricio Melek, gerente financiero. Todos ellos se condujeron a sus respectivas oficinas para leer los primeros reportes de lo sucedido en las instalaciones de la textilera en horas de la madrugada. La sala del directorio estaba quedando habilitada para una reunión de emergencia con los principales directivos de la organización, además de contar también con la presencia del jefe de seguridad, el ingeniero Camilo Zavaleta y los supervisores de seguridad, Renato Salazar – quien estaba de turno durante el incidente – y Mauricio Bustamante. La reunión estaba agendada para el medio día y tenía carácter de extrema urgencia.

Lo sucedido con el agente de seguridad, Santiago Garza, era el tema de conversación en toda la textilera, no había ningún operario que no hable de ello y comiencen a hacer sus especulaciones, algunos apostaban a que era el alma en pena del operario que se había suicidado hacía algunos años en aquel sótano y cuya maldición había empezado a cobrarse su primera víctima, se rumoreaba que algunos operarios del turno madrugada estaban pensando en renunciar para librarse de la maldición y no tener que toparse con el alma en pena del operario suicida.

En una de las oficinas el teléfono móvil de su ocupante sonó. El hombre sacó el aparato de su bolsillo. Identificó el número de quien llamaba a pesar de no tenerlo registrado entre sus contactos habituales, vaciló un instante en tomar la llamada, pero sabía que debía de tomarla, no hacerlo hubiese representado una gran ofensa para quien lo solicitaba en la línea en ese momento.

- Maestro, que gusto poder oírlo, lamento los inconvenientes que hemos tenido en esta madrugada – dijo el hombre al tomar la llamada.
- Ahórrese las explicaciones y excusas, el gran maestro está muy disgustado y el congresista bastante nervioso, ni qué decir de los demás miembros del grupo político, todos están con los nervios pendiendo de un hilo, esa interrupción puede costarnos caro, si no realizamos el rito de iniciación no podremos efectuar el sacrificio para rendirle el tributo a nuestros dioses y volver a restablecer nuestro poder y tomar de nuevo las riendas del mundo – dijo la voz rasposa de un anciano en la otra línea.
- Lo sé, maestro, mañana por la madrugada volveremos a reunirnos los del clero para volver a retomar el rito de iniciación y además realizaremos algunos conjuros para encargarnos del intruso, ese hombre no puede despertar, si sale del estado en el que está nos pondrá al descubierto y estaríamos perdidos – dijo el hombre, algo nervioso.

- De ninguna manera, utilicen el conjuro más poderoso de la magia negra, no importa cual fuera, ese intruso debe de pagar con su vida su intromisión – ordenó el anciano.
- Como usted ordene, maestro – dijo el hombre exhalando un suspiro.
- ¿Sus hombres allí, son de confianza? – preguntó el anciano.
- Lo son, maestro, completamente de confianza, además se les paga un bono por su silencio, son los únicos fuera de los nativos de nuestra civilización que conocen lo que realmente sucede allí abajo, en aquel sótano, en ese almacén, tenemos su discreción asegurada – respondió el hombre.
- Muy bien – un silencio incómodo entre ambos – luego de los ritos de iniciación... serán eliminados, solo los nativos descendientes de los antepasados de nuestra civilización merecen estar en el poder cuando hayamos logrado cerrar el pacto con los antiguos dioses, aquellos que ahora nos sirven podrían representar una amenaza mañana cuando se vean excluidos de nuestro reinado – indicó el anciano.
- Maestro, aquellos hombres que tenemos nos han servido muy bien, creo que...
- ¡No me contradigas! – interrumpió el anciano – no hemos sobrevivido tantos años en el exilio por confiarnos, ellos solo son nuestros esclavos, no son de nuestra sangre, son seres inferiores y saben demasiado, representan una amenaza, serán eliminados luego, coordinaré con el congresista para que asigne a las personas para ese trabajito – dijo el anciano con una felicidad en la voz.
- Esos hombres también realizan coordinaciones con miembros de nuestra nómina criminal – indicó el hombre, sus ojos recorrían el techo de su oficina.
- Razón más que suficiente para deshacernos de ellos, tienen mucho conocimiento hasta de quienes nos hacen el trabajo sucio, nuestra nómina de mensajeros, aquellos que no sean nativos de nuestra civilización también serán exterminados, salvo que tengan la protección de alguna de nuestras familias, llegado el momento de restablecido nuestro poder, tenemos que cubrirnos las espaldas, por confiar poder en otros seres fuera de nuestro linaje es que fuimos derrocados de nuestro poder, no volveremos a caer en el mismo error, no hemos esperado tantos siglos para este momento como para arruinarlo por sentimentalismos con seres inferiores a nosotros – dijo el anciano con desprecio.
- Como usted ordene, maestro – dijo el hombre.
- Espere mis indicaciones – dijo el anciano.

La llamada culminó. El hombre borró el número de su registro y se guardó el aparato.

Capítulo 21

El taxi aparcó frente a la casa de los Santamaría. La esquina de la calle las Dunas se veía ahora más repleta de gente. Todos curiosos. Todos asustados. Ricardo Vasallo caminó lentamente hacia la casa. Logró reconocer a una de las hermanas en la puerta, lloraba desconsoladamente, algo no andaba bien. Los efectivos policiales despertaron una sensación de confusión en él, Rogelio Santamaría había sido asesinado en una banca de la plaza San Martín hacía ya varias horas, cuando estaba a punto de llegar al tumulto de gente, oyó la sirena de una patrulla, era una camioneta de la DIRINCRI, quedó perplejo al verlo llegar y estacionarse frente a la casa paterna de los Santamaría, la presencia de la policía de la división de criminalistas y la presencia de un vehículo de la fiscalía solo podía significar una sola cosa: se había llevado a cabo un nuevo crimen.

Los esposos Santamaría salieron de la casa para recibir a los efectivos. La madre lloraba de forma desconsolada mientras su marido trataba de consolarla.

- ¿Qué está sucediendo aquí? – consultó Ricardo Vasallo a uno de los vecinos en el tumulto con bastante confusión.
- Han asesinado a uno de los muchachos – respondió una anciana que lloraba entre la gente mientras rezaba con un rosario estrujado entre sus manos.
- Pero, si el asesinato de Rogelio fue hace varias horas ¿Por qué el vehículo de criminalistas a estas horas? – volvió a preguntar Vasallo sin entender aún.
- No señor, al que acaban de asesinar dentro de la casa no es al joven Rogelio, sino a su hermano mayor, Octavio – respondió la misma anciana mientras no se despegaba de su rosario y rezaba por el descanso eterno de las almas.

Un escalofrío comenzó a recorrerle todo el cuerpo a Ricardo Vasallo. Dos asesinatos en menos de cuatro horas. Dos miembros de una misma familia. Un solo secreto que quizá solo ellos conocían. No, no podía ser esto una casualidad, alguien quería evitar a toda costa que esa información se sepa y se investigue. Qué podría ser ello, era una interrogante que lo empezaba a inquietar demasiado y llegó a una conclusión: aquellos asesinatos no eran casos aislados. Los hermanos Santamaría habían sido asesinados quizá por la misma mano o por el mismo autor intelectual, eso le ponía un matiz de mayor misterio al asunto y sobre todo de mayor peligro a la investigación que pensaba empezar a realizar. Aquella persona que estaba orquestando los asesinatos debería de saber a esta altura del intento de comunicación entre Rogelio Santamaría y él, además de la comunicación que tuvo con Octavio Santamaría antes de que lo asesinen, lo que lo llevó a otra conclusión: su vida corría serio peligro. No tardarían en ubicarlo – si es que no lo habían logrado ya – intentarían asesinarlo para silenciarlo también, tenía que llegar a su departamento, trabajar en descifrar ese mensaje que le había logrado enviar Octavio antes de que lo asesinen, saber que era lo que le quería decir su hermano Rogelio con respecto a aquella madrugada en la empresa, aquello que firmó su carta de sentencia de muerte.

Miro la casa paterna de los Santamaría con mucho pesar y nostalgia. Un nudo en la garganta terminó por expresar un par de lágrimas que rodaron por sus mejillas. En aquella acogedora casa había compartido gratos momentos con la familia, con su ex compañero de carpeta colegial, Octavio Santamaría, y hoy, junto a su hermano menor, Rogelio, habían dejado de existir de la forma más vil y despiadada, el mismo modus operandi y él lamentaba mucho no poder acompañar a la familia en este momento tan trágico, pero sabía que el tiempo era su peor enemigo en ese momento y tenía que actuar rápido sino quería terminar como ellos y sin haber logrado descubrir algo.

Cruzó la calle y le hizo la parada a otro taxi. Un auto de marca china, de las tantas que inundan el parque automotriz capitalino, se sentó en el asiento del copiloto, un anciano con cara bonachona y cabello cano conducía, preguntó la dirección del destino y Ricardo Vasallo le indicó la dirección del condominio en donde vivía. Todo el trayecto estuvo pensativo. Ensimismado en sus pensamientos que se le arremolinaban y varias preguntas que no parecían tener respuestas. Asesinaron a Rogelio Santamaría en una banca de un lugar público sin ser visto, luego, llegar a su casa y asesinan de la misma forma a su hermano, lo único que recordaba era que a Rogelio no le robaron pertenencia alguna más que su teléfono móvil, quizá con ello dieron con la información del mensaje que le envió aquella madrugada a su hermano Octavio y fueron hasta su casa para asesinarlo, lo que no sabía era

si a Octavio Salazar también se le había arrebatado el móvil, pero ello no le preocupaba, primero porque en el preciso momento en que era asesinado no lo llevaba consigo y el asesino no se iba a arriesgar demasiado por un simple aparato y por último, sabía que con el móvil sustraído de Rogelio Santamaría sabían que había intentado comunicarse sin éxito con él y de la existencia de un mensaje de voz, sabían que también tenía información, no era nada, aún, pero para quien o quienes estén detrás de estos asesinatos, era algo que debían de solucionar, era consciente de que representaba un cabo suelto que querían exterminar. El vehículo paró frente a los condominios torre blanca.

- Señor, ya hemos llegado a su destino – dijo el conductor con una sonrisa paternal irrumpiendo de esa forma en la concentración de Ricardo Vasallo.
- Gracias, por favor, cóbrese – dijo Ricardo Vasallo pagando la cuenta de la carrera con un billete de veinte soles.

Esta vez había pagado cinco soles menos que el de ida hasta la casa de los Santamaría “una mejor ganga” había pensado mientras recibía su cambio. Miró hacia ambos lados y no vio nada ni a nadie extraño merodeando por la zona, en realidad, sabía que si querían caerle encima, no se dejarían ver y lo harían en cualquier momento disfrazando su asesinato como accidente, un simple robo o ajuste de cuentas tal y como lo habían hecho con los hermanos Santamaría. Subió raudamente las escaleras y llegó hasta su habitación. La 408. Cerró la puerta y le echó seguro a la cerradura.

Se acercó a su escritorio de trabajo. Encendió su portátil y activó su módem para ingresar al navegador por si requería de conectarse al internet en busca de alguna información. Cogió su móvil y entró a su bandeja de mensajería. El mensaje que le había enviado Octavio Santamaría seguía sin entenderlo del todo. Tomó un lapicero de su porta lapiceros y su libreta de apuntes para transcribir el mensaje de texto allí y poder empezar a trabajar de una forma más efectiva y cómoda.

CORREO: ALFA ROMEO INDIAN ECO SIERRA QUINTO CUARTO

La pantalla de su portátil emitía un resplandor que iluminaba aquella parte específica de su habitación en donde la luz era tenue, así le gustaba más, que su mesa de trabajo esté en un lugar con baja luz, le ayudaba a concentrarse más e incluso sobre todo cuando escribía le gustaba oír música clásica, especialmente Vivaldi o Beethoven. Tecleo en el buscador toda la palabra completa “*ALFA ROMEO INDIAN ECO SIERRA QUINTO CUARTO*” pero la búsqueda fue infructuosa, no arrojó ningún resultado. Se paró un instante, respiró profundamente, se dirigió hacia la cocina para hervir agua y prepararse una taza de café, para mantenerse despierto o quizá solo por pura costumbre ya que el café como la música clásica eran sus acompañantes infaltables a la hora de ponerse a escribir un libro. El hervidor Thomas emitía un sonido de burbujeo cuando el agua estaba ya a punto de hervir, Ricardo Vasallo permaneció en su cocina a la espera de que hierva el agua y pueda prepararse una taza de café bien cargado, quizá uno como el que estaban tomando en ese mismo momento en casa de los Santamaría. Trataba de aclararse la mente para pensar con mayor amplitud sobre lo que podría significar esas palabras que le había enviado Rogelio a su hermano Octavio. Nada. Su mente estaba en blanco y por momentos parecía temblar con un escalofrío leve que le recorría la piel. Esa sensación de saber que la muerte te anda acechando.

Al cabo de unos minutos volvió a su mesa de trabajo. Una taza de café humeaba al costado de su portátil. Intento nuevamente en el buscador, palabra por palabra para lograr descubrir si quizá tenían alguna relación si es que primero descubriría algo en común entre ellos por separado. Nada. Una vez más no hubo resultado alguno. Bebió un sorbo de café y no pudo evitar quemarse los labios con el líquido aún caliente “¡Mierda!” soltó el quejido mientras colocaba la taza sobre su mesa de trabajo con cierta brusquedad, decidió mejor esperar a que enfríe un poco más para seguir bebiéndolo.

Volvió a revisar el mensaje de texto original en su móvil para ver si algo se le estaba escapando, un suspiro de desaliento al cabo de unos segundos al ver que en realidad no se le escapaba nada, todo lo que había transcrito en su libreta de apuntes era lo que le decía Octavio que le había enviado su hermano Rogelio aquella madrugada luego del incidente en el sótano de la textilera. Revisó detenidamente el apunte en su libreta y creyó que quizá no le estaba dando la interpretación que debería o que no estaba viendo lo que realmente debería de ver, así que intentó verlo de otra forma,

logró notar que lo primero que Rogelio Santamaría le había escrito a su hermano era la palabra “correo”, eran tan solo dos líneas, correo estaba en la primera y la segunda eran aquellas palabras de la cual aún no había descubierto la relación una con la otra. Su mirada permaneció fija por varios segundos durante esa palabra **“correo:”** y su mente comenzó a aclararse un poco “¡Bingo!” dijo al cabo de un par de minutos, había llegado a descubrir que lo que le estaba indicando Rogelio Santamaría a su hermano era la dirección de su correo electrónico y las palabras allí abajo eran la contraseña. Busco en su tarjetero que estaba en el tercer nivel de su estante de caoba para buscar la tarjeta que le había entregado Rogelio Santamaría cuando trabajaba como asesor comercial de una línea de venta de vehículos importados de China antes de ingresar al rubro de la seguridad privada, en ella estaba su correo electrónico personal. Lo que no sabía con exactitud es si aún la conservaba. Luego de unos minutos logró ubicar la tarjeta, era una tarjeta elaborada en material mate cuyo logo de la empresa estaba en la parte superior derecha de la misma, un diseño sencillo y los datos estaban en letras negras, Rogelio Santamaría, asesor comercial, se podía leer en la parte central. Sus datos de contacto estaban en la parte inferior de la tarjeta y eran precisamente su número de contacto y su correo electrónico. Volvió a su portátil y volvió al navegador, abrió la página del correo electrónico.

Iniciar sesión (Correo electrónico, teléfono o Skype)

Ricardo Vasallo ingresó el correo electrónico de Rogelio Santamaría en el recuadro. Lo escribió con sumo cuidado para no omitir ninguna letra o símbolo para que no rebotase al momento de dar clic en el botón que decía **“Siguiente”**. Para su buena fortuna el correo electrónico que indicaba en la tarjeta aún estaba vigente y tenía la esperanza de que sea el que aún estaba usando hasta la fecha. Luego apareció el siguiente mensaje.

Contraseña:

Y en ese preciso instante escribió las palabras que Rogelio Santamaría le había enviado a su hermano Octavio la madrugada del incidente en el sótano 2 de la textilera “*ALFA ROMERO INDIAN ECO SIERRA QUINTO CUARTO*” y luego un clic en el botón **“Iniciar”**. Esperó unos segundos hasta que la página procese la solicitud de ingreso. Al cabo de unos segundos la tensión se apoderó de Ricardo Vasallo, el mensaje en la pantalla no era el que esperaba.

“El correo electrónico o la contraseña ingresada no son válidas, por favor verifique y vuelva a intentar nuevamente”

Aquella frase en letras rojas lo dejó desencajado por completo “Maldita sea” dio un golpe sobre su mesa de trabajo, no podía creer que no sea la clave correcta, luego evaluó la situación, la clave la había ingresado en letras mayúsculas, volvió a ingresar la misma clave pero esta vez en letras minúsculas “*alfa romero indian eco sierra quinto cuarto*” volvió luego a dar clic en la opción **“Iniciar”** y volvió a esperar unos segundos hasta que la página cargue y arroje el resultado, para desgracia, Ricardo Vasallo volvió a recibir el mismo mensaje. Algo no estaba bien, tenía el correo electrónico correcto de Rogelio Santamaría y de una u otra forma sabía que poseía la contraseña del mismo, pero, no podía ingresar “Algo estoy haciendo mal” se dijo para sus adentros mientras miraba fijamente sus apuntes en su libreta, transcripción del mensaje de texto, revisó nuevamente y con más detenimiento el mensaje de texto en su móvil para saber cómo es que Rogelio Santamaría había escrito la palabra, algo se le estaba escapando y quería llegar a descubrir qué pero estaba completamente nublado. Sin ideas ni reacción. Se puso de pie nuevamente para servirse otra taza de café para luego retomar su trabajo de descifrar la contraseña correcta y acceder al correo.

Capítulo 22

El agente de seguridad del primer turno que estaba como Olimpo veía atentamente sus monitores para ver las imágenes de las cámaras, tras lo sucedido la madrugada en la planta, los gerentes habían cancelado sus citas a última hora a través de sus respectivas secretarías. Nadie estaba para nadie ni mucho menos con humor y buen ánimo de atender visitas. La urgencia era otra en ese momento: salir de aquel embrollo. El agente de turno en la garita de control – Olimpo – era un agente alto y delgado de anteojos y cabello castaño y mirada aparentemente distraída. Logró ver por una de las imágenes de las cámaras de seguridad instaladas en el perímetro de la planta que se acercaba el supervisor del turno saliente, Renato Salazar, de inmediato tomó su radio Motorola para lanzar la comunicación.

- Sierra de Olimpo.
- Adelante Olimpo, te copio – respondió una voz al otro lado de la línea, se oían ruidos de maquinarias.
- Sierra su relevo del turno saliente se está acercando al punto al momento – indicó Olimpo.
- Recibido Olimpo, gracias, atentos en la esclusa de ingreso, comuníqueme al otro Sierra que se acerque a la sala de directorio para la reunión, ya me estoy acercando también allá – indicó el supervisor Mauricio Bustamante.
- Recibido Sierra – respondió uno de los dos agentes en la esclusa de ingreso peatonal como acuse de recibido.

Renato Salazar a penas y había podido darse un duchazo, quiso tratar de descansar un poco pero lo ocurrido aquella madrugada no se lo permitió, solo recostarse un momento sobre su cama sin levantar la cubre cama. Se había cambiado con otra muda de su uniforme de supervisor de seguridad, tenía en mente luego de la reunión que no sabía con exactitud qué tiempo se prolongaría descansar un poco en vestuarios antes de relevarse con el supervisor en turno. Eran dos puertas de hierro forjado las que conformaban la esclusa de ingreso peatonal, ambas eran aperturadas desde la garita de control por el agente que estaba de turno como Olimpo, las puertas tenían un sistema de traba que no permitía la apertura de una puerta si es que la otra no estaba completamente cerrada. Al llegar el supervisor Renato Salazar a la puerta principal de ingreso la cámara de seguridad que estaba encima de ella lo enfocó, el agente de garita de control logró visualizarlo a través de su monitor y apertura de inmediato la puerta. Los agentes que estaban en la esclusa saludaron al supervisor quien le respondió con un movimiento de cabeza. Se le veía desencajado, no era el mismo tipo de siempre, sus ojos marrones claros reflejaban la intensidad de la preocupación por la tormenta que se avecinaba en la empresa por los sucesos de la madrugada.

- Señor, el sierra de turno indicó que vaya para la sala de directorio que allí iba a ser la reunión, casi todos están en la sala de directorio – indicó uno de los agentes.

Renato Salazar no respondió, solo asintió y soltó una sonrisa cansada. Al cierre de la puerta principal el agente que estaba de Olimpo accionó el sistema de apertura de la segunda puerta. El supervisor Renato Salazar caminó el pasillo de cemento por las líneas peatonales amarillas hasta la garita de control. Al llegar a la puerta ploma tocó el timbre y la cámara de seguridad de la puerta lo enfocó, el agente lo visualizó a través de sus monitores y aperturó la puerta para que ingrese el supervisor. Ingresó al interior de la garita de control que a esa hora tenía la luz apagada. El saludo fue tan solo con movimientos de cabeza, aquel día el supervisor Renato Salazar definitivamente no era él mismo. Y los problemas estaban recién por empezar.

- ¿Llegaron todos los del directorio? – preguntó el supervisor Salazar.
- Sí señor, todos han llegado ya, el ingeniero Zavaleta también, ya todos están en la oficina de directorio – respondió el agente de seguridad mientras volvía la mirada hacia sus monitores.
- Salgo para allá entonces – musitó el supervisor Salazar mientras caminaba hasta la puerta.

El agente de seguridad accionó el sistema de apertura de la puerta y el supervisor Renato Salazar salió nuevamente a los pasillos de cemento, caminaba con cierta parsimonia por las líneas peatonales. El pasillo de cemento era largo, pero aquella mañana lo sintió más largo que de costumbre. Llegó al fin

al segundo patio luego de pasar por la puerta de las oficinas de ingeniería y llegó hasta una puerta de madera cuidadosamente barnizada de doble hoja con un rótulo que identificaba aquella oficina.

**SALA DE REUNIONES
DIRECTORIO
CIA TEXTILERA AMERICANA SAC**

Se lo pensó unos segundos antes de llamar a la puerta con los nudillos, hasta que por fin, lo hizo. Al cabo de unos segundos, la secretaria del directorio, una mujer menuda y de cabello cano como copo de nieve abrió la puerta “Lo estábamos esperando para empezar” dijo con voz seca e indiferente, como siempre en realidad haciendo gala de su mal carácter. El supervisor Renato Salazar solo atinó a esbozar una sonrisa y asintió, cruzó el umbral de la puerta y vio la enorme mesa ovalada central de la sala del directorio rodeado de sillas que eran ocupadas por todos los que habían sido citados para la reunión de urgencia de aquella mañana, una que desde luego no estaba programada en la agenda. Miembros del directorio, gerentes de primera línea, el jefe de seguridad, Camilo Zavaleta y el supervisor de seguridad residente de turno, Mauricio Bustamante. El supervisor Salazar camino hacia el asiento que estaba vacío y disponible para él al lado de su colega. Cuando tomó su lugar al lado de su colega ambos se saludaron con un estrechar de manos. Sin palabras. Ya no faltaba nadie más, el último a quien esperaban para dar inicio a la reunión era precisamente Renato Salazar y ya estaba entre ellos. En la cabecera de la larga mesa ovalada de la sala del directorio, estaba sentado Marlon Blume, presidente del directorio de la compañía, un hombre de aproximadamente setenta años y de abundante cabellera cana para su edad que se peinaba con raya al medio como lo había hecho siempre. Usaba anteojos de gruesos cristales, la vista de alce lo había empezado a abandonar con forme fue entrando al otoño de la vida que implica llegar a la vejez. Tenía una mirada fríamente penetrante y que de cierto modo reflejaba la frialdad de su personalidad, se puso de pie y comenzó a dar las primeras palabras que abrirían la sesión de la mañana.

- Señores, lamento no tener que saludarlos con el clásico buenos días que se acostumbra decir porque definitivamente no lo es, esta no es una sesión rutinaria de las que se programan en nuestra agenda para ver el avance de nuestros proyectados o si necesitamos hacer algunos reajustes a alguna estrategia que nos esté flojeando, no, esta es una sesión inusual con la presencia de personas inusuales ajenas a esta sala y ajenos a este comité de directorio, como lo son el ingeniero Camilo Zavaleta, jefe de seguridad industrial de nuestra compañía y los dos supervisores de seguridad residentes, los señores Renato Salazar y Mauricio Bustamante, debo también transmitirles a todos aunque esté demás decírselos porque creo que mi rostro así lo delata, que estoy bastante mortificado por lo acaecido esta madrugada en nuestras instalaciones y precisamente en un área restringida, la primera pregunta que voy a formularle a los supervisores de seguridad es ¿Por qué tuvo uno de los agentes que bajar hacia aquella zona? Espero su respuesta – fueron las palabras del anciano ejecutivo quien luego de hacer resonar su imponente voz en el recinto volvió a tomar asiento en su sillón ejecutivo.

El silencio se apoderó de la sala por unos segundos. Los supervisores intercambiaron unas miradas para tratar de decidir entre ellos en medio de ese lenguaje quién respondería. No hizo falta dilatar mucho aquella deliberación entre ambos, Renato Salazar se puso en pie dispuesto a responder aquella pregunta, quiso hacerlo él mismo ya que se sentía con la responsabilidad de hacerlo todo aquello se desarrolló durante su turno y con sus agentes a cargo, se sentía con la obligación de dar la cara y afrontar el momento quizá más tenso en su carrera desde que se inició en el rubro de la seguridad privada hacia veinte años atrás como agente de seguridad, nunca tuvo problema alguno e incluso fue condecorado en varias oportunidades por actos meritorios mientras fue agente y participó de cuanto curso de seguridad pudo hasta llegar a ascender a supervisor de seguridad hacia cinco años atrás, ahora, tenía que dar un descargo del incidente más difícil que le había tocado vivir y quizá poner su cargo a disposición.

- Buenos días con todos, a pesar de que las cosas no se vean del todo bien creo que el optimismo no lo debemos de perder nunca, definitivamente lo que ha pasado esta madrugada no es del todo agradable, tenemos a uno de nuestros agentes en estado de coma e internado en una clínica local y aún no se halla explicación alguna por parte del cuerpo médico que lo

atiende, pero para responder a la pregunta puntual del señor Blume, el día de ayer por la madrugada durante las rondas habituales de seguridad que realizamos, el agente Garza comunicó a través de la radio que estaba oyendo ruidos extraños en el sótano 2, dentro de su zona de responsabilidad estaba realizar un peinado por el sótano 1 y fue cuando pasó por la rampa hacia el sótano 2 que oyó ruidos extraños aparentemente de personas y fue así que decidió a cuenta propia a pesar de haberle dado la orden de no descender hasta allí, debo admitir que desobedeció la orden directa y acudió a lo que él creía era una novedad que tenía que ir a inspeccionar de forma personal – indicó de forma puntual el supervisor Salazar.

Todos en la sala de reuniones del directorio lo miraban con atención y sentía como las miradas lo escudriñaban con detenimiento. La mirada del presidente del directorio se había tornado ahora más intensa, como si el fuego de su ira se avivase ahora más con la explicación de supervisor. Cuando éste quiso volver a hacer uso de la palabra fue interrumpido con un ademán por parte de su colega, Antonio Melek, gerente de ingeniería y socio accionista de la compañía quien le pidió de esa forma la venia de intervenir.

- Señor Salazar, puede usted tomar asiento, por favor – dijo el hombre que vestía un bléiser café indicándole su asiento – acaba usted de admitir algo que es en el mismo nivel de gravedad como preocupante, uno de sus agentes desobedeció una orden directa, su acto de indisciplina pudo costarle la vida si es que no la tiene en riesgo en este momento en el estado de coma en el que está, quiero que lo sepan todos y voy a decir esto solo esta vez y por última vez porque parece que no lo tienen claro algunos, sobre todo quiero que tanto Camilo como ustedes, supervisores de seguridad lo sepan y no lo olviden, el sótano 2 es un nivel restringido porque allí en sus almacenes guardamos productos químicos de alto nivel tóxico que empleamos en el proceso de nuestras telas para la confección de nuestras prendas, ya que no tenemos muchos vehículos que parqueen en nuestras instalaciones el segundo nivel del sótano estaba quedando de más, así que en su momento decidimos emplear sus almacenes para guardar los químicos de mayor peligrosidad por su componente químico, solo el personal autorizado por mi persona son los que descienden hasta allí para que con la implementación de seguridad idónea puedan sacar dicho producto, su agente pudo haberse visto expuesto por algunos de esos químicos, esperemos que no sea así – concluyó el directivo, a diferencia de su homólogo en una voz más serena.
- Señor Melek, en realidad no creo que haya habido alguna exposición a algún componente químico ya que de haber sido así tanto el agente Santamaría como mi persona hubiésemos presentado síntomas parecidos a él, sin embargo no ha sido el caso, lo cual es un gran misterio lo que le sucedió al agente Garza...
- ¡El colmo! ¡Inadmisible! – interrumpió Marlon Blume dando un fuerte golpe con la palma de la mano sobre la mesa – como puede ser tan ligero de dar esas explicaciones, no solo bajó su agente en un claro acto de desobediencia e indisciplina sino que hizo bajar a otro agente más aparte de usted si con su persona era más que suficiente.
- Señor Blume, el agente había indicado que estaba oyendo voces en el segundo nivel y que tenía la certeza de que había habido una incursión de personas ajenas a la planta, propiamente dicho de... ladrones – dijo el supervisor Salazar.
- ¿Ladrones? Esa es su coartada, qué estupidez, se supone que hay un agente pendiente de las cámaras de seguridad a través de los monitores ¿Cierto? – inquirió el anciano Blume notoriamente ofuscado y prácticamente fuera de sus cabales.
- Así es señor, siempre hay un agente al pendiente de los monitores para visualizar las imágenes procedentes de las cámaras de seguridad de toda la planta e incluso por momentos se realizan paneos para poder visualizar mejor la zona de cobertura de las cámaras de seguridad – respondió el supervisor Salazar sintiendo que el alma le abandonaba el cuerpo.
- Supervisor Salazar, cuando asumí la gerencia general de la compañía hace ya varios meses atrás y me reuní con el comité de seguridad y estuvieron ustedes al igual que Camilo y los demás miembros del comité creo que fui muy específico con decir que no era necesario las rondas por el sótano 1 sino reforzarlas en las zonas de producción, Camilo quiero que seas tú quien me explique porque no se ha hecho tal y como lo habíamos acordado en esa reunión

– intervino esta vez Fabricio Blume, arqueando las cejas y con la fisonomía claramente opacada por el mal humor que empezaba a sentir.

El silencio volvió por un breve instante. El ingeniero Camilo Zavaleta, jefe de seguridad de la planta tomó una bocanada de aire y fue exhalando suavemente, necesitaba bajar un poco la tensión que sentía para poder hacer sus descargos. Camilo Zavaleta era un tipo al que no le gustaba mucho tener que hablar en público, en sus primeros años en la universidad era un tipo al que le costaba mucho tener que hablar frente a sus compañeros cuando había alguna exposición, era uno de los más brillantes de su clase y de su promoción inclusive, pero fue a los que le costó mucho poder conseguir una oferta laboral lo suficientemente atractiva y acorde a sus competencias debido precisamente por su carencia en las habilidades de la oratoria. Empezando como asistente del jefe de planificación en una mina del interior del país durante casi cinco años y donde de a poco fue desprendiéndose del pánico escénico. Una mañana cuando se encontraba en su oficina acondicionada en un container en el campamento minero recibió la llamada telefónica de un ex compañero de la universidad quien le comunicaba de una plaza para asistente del jefe de seguridad de una textilera en la capital ya que el jefe actual se había jubilado y su asistente había asumido el puesto y quedaba vacante el de asistente. Se lo pensó dos veces y durante dos días enteros le dio vueltas al asunto. Aquella semana que le tocaba salir del campamento para tomar sus descanso decidió elaborar un currículum vitae y documentarlo para presentarse a la dirección que le había facilitado su ex compañero de clase en donde quedaba dicha textilera, y fue así como una mañana apareció Camilo Zavaleta para postular al puesto de asistente del jefe de seguridad industrial.

Fue precisamente el jefe de seguridad industrial de aquella época quien lo entrevistó en persona, un hombre cuarentón y de calva reluciente. Siempre fumaba un Hamilton mentolado y tenía su taza de café árabe sobre su escritorio. La entrevista se prolongó por casi cuarenta minutos, el hombre delgado y de ojos acaramelados parecía estar impresionado por las capacidades de aquel postulante que bordeaba ya los treinta años. Luego de la entrevista y de realizar ciertas anotaciones con lápiz en su currículum lo invitó a una pasantía por toda la planta, le brindó un casco de seguridad además de unos tapones auditivos para de esa forma dar cumplimiento a los protocolos de seguridad dentro de las instalaciones. Mientras caminaban por los pasillos de la planta e ingresaban a todas sus zonas de trabajo el entrevistador le preguntaba al joven postulante, Camilo Zavaleta qué mejoras podría él realizar si fuese el jefe de seguridad industrial en ese momento, a lo que él respondió mientras dejaba de tomar apuntes en su libreta de notas las condiciones sub estándar que había notado en la planta y las formas de corregirlas e incluso se atrevió a dar algunas sugerencias de mejora.

El jefe de seguridad industrial quedó notoriamente fascinado con el postulante. Tres días después cuando Camilo Zavaleta creyó que debía de olvidarse de ese puesto ya que habían pasado varios días sin respuesta alguna, una llamada de un número fijo entró a su móvil, era una voz femenina de una joven quien se identificó como asistente del departamento de capital humano de la compañía textilera americana y que había sido seleccionado para ocupar el puesto de asistente del jefe de seguridad industrial, le dio unas indicaciones que él anotó en su libreta. Al finalizar la llamada alistó su carta de renuncia que esa misma tarde presentó a la empresa con la cual aún mantenía vínculo contractual y a la mañana siguiente estaba a primera hora en la oficina de recursos humanos de la textilera. Su meta era algún día ocupar el puesto de su jefe y desde hace casi dos años luego de que este renunciase para ocupar una plaza como catedrático en una universidad particular de la capital era el nuevo jefe de seguridad industrial de la planta. Ahora, luego de tantos años y cuando creía haber superado el temor de hablar en público se vio en la incómoda realidad de que no era así. Literalmente estaba temblando y sudando frío. Su libreta de anotaciones estaba sobre la mesa frente a su posición y abierta.

- Respondiendo a la pregunta del gerente general, que sí, se acordó en una reunión anterior no considerar los sótanos dentro de las rondas de seguridad pero... en una de las reuniones que periódicamente sostengo con los supervisores de seguridad acordamos hacer solo una ronda de verificación en el sótano 1 ya que en fechas anteriores habíamos tenido un percance con un ex colaborador que había estado fumando marihuana allí y...
- ¡El colmo! – interrumpió Marlon Blume con la sangre en los ojos y la vena de la sien palpitaba – es inadmisibles que nuestro jefe de seguridad industrial promueva el desorden y el desacato de las órdenes directas, los sótanos no deben de ser tomados en cuenta para sus rondas

nocturnas por nada del mundo, menos el segundo, lo de ese colaborador fue fácil de detectarse, los sensores de humo dieron la alerta de que algo no andaba bien y se intervenga de forma oportuna.

El salón de reuniones quedó en un completo silencio luego de que la voz del anciano ejecutivo resonara en el recinto hasta hacer remecer los cimientos. El rostro de Camilo Zavaleta mostraba una expresión de nerviosismo total. No sabía qué decir ante tremenda investida del presidente del directorio.

- Señores, guardemos la compostura, por favor – intervino Fabricio Blume – entiendo que ante aquel lamentable acontecimiento tuvieron que considerar nuevamente una ronda fugaz por el primer sótano, eso lo entiendo, lo que sí debo condenar es el hecho de haberlo ocultado a la junta de seguridad, de pedir el consentimiento para ello.
- Señores – intervino ahora Antonio Melek con la voz pausada de siempre tratando de mantener la situación bajo control y sosegar el clima que se estaba tornando virulento – el tema ahora no es ver lo que pasó antes, eso no viene al caso ahora, lo que tenemos que ver es la consecuencia de lo que ha sucedido esta madrugada, tenemos un agente de seguridad en estado de coma, los efectivos policiales estarán en unos momentos para hacer las pericias del caso, tenemos un área de nuestro sótano encintado como si de una escena de crimen se tratase, estaremos en el ojo de la tormenta, tenemos que hacer algo para evitar que esto salte a los medios de comunicación, estamos a puertas de lanzar nuestra próxima colección de ropa, esto nos lapidará, tendremos pérdidas cuantiosas y no lo podemos permitir.

El silencio volvió nuevamente a reinar en el recinto. Las miradas lucían tensas. Luego de su intervención Antonio Melek miró inquisitivamente hacia su el lugar en donde estaba sentado su hijo, Patricio Melek, quien ocupaba la gerencia financiera de la organización. Tenía frente suyo una carpeta plastificada en mate donde se lucía orgulloso el logotipo de la compañía, abrió la carpeta y le echó una breve ojeada al contenido del mismo.

- Efectivamente señores, si esto sale a la luz afrontaremos un problema bastante serio, no solo mediático sino también financiero – comenzó su intervención el ejecutivo, un hombre alto de cuarenta y dos años que llevaba una barba meticulosamente cuidado – la colección última de hace tres meses no tuvo el efecto que esperábamos, las expectativas para esta colección son muy altas, no hemos recuperado la inversión de nuestra última colección, aún hay muchas prendas almacenadas en diversas bodegas de tiendas por departamentos, no está teniendo la rotación que esperábamos que tuviese. Si no logramos tener una buena pegada con esta colección, me temo que nuestra compañía podría atravesar por una crisis financiera bastante cruda – finalizó Patricio Melek con una voz sombría propia de quien no tiene buenas noticias que dar.
- Lo que me faltaba, que nuestra empresa esté al borde de una crisis financiera, en ese paso en el que estamos si no tenemos éxito en esta última colección que estamos a puertas de lanzar no podremos afrontar los compromisos con nuestros proveedores, tendremos problemas de solvencia hasta para pagar nuestra planilla...
- Cálmate papá – lo interrumpió Fabricio Blume – tampoco te vayas a extremos, no estamos en quiebra ni nada cercano, solo hemos tenido una mala estrategia de marketing, ese será tema para nuestra próxima reunión de directorio con todos los departamentos de la compañía y veremos qué medidas adoptar pero este no es el tema, debemos primero evitar los escándalos mediáticos, eso sí nos metería en una crisis y podría provocar un estancamiento en nuestras ventas o peor aún, un declive en nuestras finanzas – finalizó con un semblante tenso pero tratando de conservar la calma en la mirada.

Aquellas reuniones de directorio solían prolongarse por casi dos horas. La de ese momento llevaba ya casi una hora y estaban tratando de darle una solución al problema que se les podía presentar aunque primero estaban intentando hallar a los culpables o inventarse alguno. Camilo Zavaleta y los supervisores de seguridad, Salazar y Bustamante estaban tratando de buscar la forma de salir de ese fuego cruzado con vida, pero era imposible, las cosas apenas empezaban a complicarse para ellos.

Capítulo 23

El timbrado del aparato telefónico Cisco rompió el silencio que reinaba aquella garita de control. El día estaba bastante tranquilo debido a la cancelación de último momento de las reuniones programadas para ese día, incluso algunos pedidos de proveedores habían sido reprogramados para el día siguiente, nadie estaba de ánimo para nadie ese día. Los agentes de seguridad estaban ubicados en sus puestos y se sentían aburridos de que no haya movimiento. Cuando la rutina era así de lenta el servicio se hacía más largo. El agente que estaba de Olimpo descolgó el auricular de su contestador Cisco y tomó la llamada entrante.

- Seguridad buenas tardes – dijo el agente con una voz nasal que lo había acompañado desde la niñez y que le había valido varias burlas en el colegio.

El sol comenzaba a salir con más fuerza. Los agentes estaban ensopados en su propio caldo de sudor a pesar de que casi todos ellos se habían despojado de su chompa marrón, solo estaban con la camisa del uniforme y la corbata con el nudo suelto. Solo su chaleco naranja y la gorra. Tenían la frente y las sienes escarchadas del sudor.

La expresión del agente de garita de control se congeló por un instante. Palideció de pronto y parecía tan blanco como una hoja de papel. Al parecer la noticia que estaba recibiendo no era de todo alentador. Eran malas noticias, definitivamente eran malas. Mecánicamente colgó el auricular de su contestador Cisco y tardó unos segundos en recobrar el aliento y volver a la realidad. Al cabo de unos segundos tomo una gran bocanada de aire y cogió su radio portátil UHF Motorola EP 450 para tratar de comunicarse con su supervisor, esto tenía que saberlo de inmediato, pero luego cayó en la cuenta de que su supervisor estaba en plena reunión en la sala de directorio. Lo pensó por varios segundos antes de tomar la decisión de llamar a su supervisor a su móvil e interrumpirlo pero aquello tenía que saberlo de inmediato.

Al costado del contestador Cisco se hallaba el móvil de la garita de control, un equipo Nokia básico y de pantalla monocromática, uno de esos modelos que ya no circulan en el mercado porque estaban discontinuados. Lo desconectó de su cargador. El símbolo de la batería que se situaba en la parte superior derecha de la pantalla del móvil indicaba que la carga estaba en un 67% “Suficiente” se dijo para sí mientras ingresaba a la opción de contactos y buscaba el número del supervisor. No podía dejar pasar más tiempo y comunicar la noticia que le acababan de dar en aquella última llamada. Al cabo de unos segundos estaba marcando el número del supervisor.

Capítulo 24

El vehículo oficial de gobierno Mercedes Benz negro aparcó frente a una casa ubicada en una zona residencial de San Isidro. De aquel vehículo bajó el congresista Jorge de la Mata. En el interior del vehículo durante el trayecto desde el congreso hasta su domicilio se había quitado la corbata para poder respirar con más comodidad. Las cosas en el plenario del congreso no le habían ido tan mal. Las mismas rutinas de siempre, debatir leyes y ver si se aprueban o desaprueban, claro está que eso dependía de si les convenía aprobarlas o atentaban contra sus intereses.

El legislador ingresó a su domicilio y despidió cordialmente a sus guardaespaldas quienes quedaron uno en la puerta de ingreso al domicilio y el otro volvió al vehículo oficial para llevarlo al garaje y luego acompañar a su compañero en la puerta principal del domicilio del congresista.

Los pisos del domicilio eran alfombrados y en la sala tenía un pequeño bar de caoba que había comprado en su último viaje a Praga. Una copa de Whisky escocés con dos cubitos de hielo. Se quitó el saco gris John Holden y lo dejó sobre el sofá de terciopelo. Dio un sorbo a su trago mientras clavaba su mirada de grandes ojos café al cuadro familiar. Su padre de quien no solo había heredado el nombre, apellido y una gran fortuna familiar, y su madre Rosa Cassani, una mujer que heredó de su familia no solo una empresa en quiebra que dejaba más pérdidas que ganancias debido a la mala administración de su padre, Evaristo Cassani quien era un ludópata confeso que mandó a pique su empresa con sus juegos de póker en el casino. El congresista Jorge de la Mata los miraba con indiferencia, el matrimonio de sus padres había sido un arreglo entre ambas familias para salvar a uno de la bancarrota y la miseria en la que se veían caer y para expandir el imperio del otro. La empresa familiar del padre del legislador era de exportación de ropa de algodón peruano (tipos como Tangüis, Del Cerro, Áspero, Supima o Pima, este último considerado como el algodón más fino del mundo) que en la actualidad se había expandido a nivel nacional y ya exportaba desde hacía diez años a diversos países de la región como de la comunidad europea, la de su madre en cambio era una empresa de estampados que operaba principalmente desde Gamarra y que a los dos años del matrimonio de sus padres cuando él apenas tenía unos meses de nacido aquella fue absorbida por la empresa familiar de su padre como una estrategia de sinergia y de esa forma poder incrementar las líneas de negocio de la empresa, ya no solo compraban prendas de algodón para venderlas sino que también ofrecían el servicio de estampado en prendas de algodón para diversas necesidades.

En ese rubro se conocieron en un foro de nuevas tendencias con un ciudadano alemán que residía en el país desde hacía diez años y que había comenzado una pequeña empresa textilera, Mirko Blume, gerente general de textilera americana con quien congeniaron y entablaron no solo una gran amistad personal sino también una gran sociedad empresarial. Años más tarde Jorge de la Mata padre adquirió acciones en dicha textilera para expandir su imperio y en esa misma época llegó un nuevo socio accionista compatriota de Mirko Blume quien era Adam Melek, con la llegada de Melek a la textilera la compañía comenzó a mejorar considerablemente en temas de exportación y con una nueva filosofía comercial ya que tenía estudios y una maestría en mercadotecnia.

En la actualidad y tras la muerte de sus padres, quienes siempre lo habían educado para ser empresario y estar al frente de la empresa familiar, estudiando en el colegio la recoleta y luego siendo enviado a la universidad Complutense de Madrid donde estudió administración y llevó un diplomado en economía. Aún mantenía la participación accionaria en textilera americana, Mirko Blume y Adam Melek se habían retirado de la dirección de la empresa dejando a cargo a sus hijos, Marlon Blume y Antonio Melek y quienes seguían la tradición dejando a sus hijos en la dirección de la compañía a pesar de estar aún vigentes en puestos directivos, recientemente en la gerencia general Fabricio Blume y en la gerencia financiera a Patricio Melek. El congresista Jorge de la Mata nunca había sentido el cariño de sus padres hacia él, siempre se había sentido de lado, era más como un activo de sus padres que su hijo y creció sintiendo un odio visceral hacia ellos que no lamentó para nada la muerte de sus padres en aquel accidente automovilístico en el que se le vació los frenos del volvo sedán azul que conducía su padre.

Dio el último sorbo a su copa y se dispuso a servirse un segundo trago. Una sonrisa se dibujó en su rostro, se había hecho de una imagen de empresario de éxito y de grandes proyecciones, había ingresado a la política recién en las elecciones generales últimas invitado por un partido político como

independiente logrando una curul en el congreso. Pero esa misma noche tenía en casa una reunión con diversos personajes, no solo políticos sino empresarios. Aquella noche empezaría un gran proyecto político que era la formación de una agrupación política de alcance nacional con la que pretendería tentar la presidencia en las próximas elecciones. Volvió a sentarse en su sofá de terciopelo y sacó el móvil de su bolsillo derecho, buscó un número telefónico en su directorio. “Esta noche será el despertar del cambio del mundo”. Se decía para sí mismo mientras marcaba el número telefónico.

Capítulo 25

En el interior de la habitación 408 del condominio torre blanca en el distrito de Jesús María, un mensaje inesperado en su intento de acceder al correo electrónico del fallecido Rogelio Santamaría tenía tenso a Ricardo Vasallo. Tenía al costado de su computador portátil una taza de café que ya se había enfriado. Se devanaba los sesos tratando de hallar la forma correcta de acceder al correo, sabía que esa secuencia de palabras era la clave pero tendría que ordenarla tal vez en otro orden. Lo había intentado de izquierda a derecha pero el mensaje en letras rojas volvió a hacer su aparición. “¡Maldita sea!”.

Exhaló un suspiro y no pudo evitar pensar en la familia Santamaría, en lo que deben de estar pasando en estos momentos, dos de sus hijos asesinados en el mismo día “Y por la misma persona” se dijo para sí con mucha seguridad.

Se puso de pie y comenzó a caminar por el reducido espacio de su sala. Esa secuencia de palabras era la clave para acceder al correo, estaba completamente seguro, pero por algún motivo que aún no había descifrado no estaba teniendo éxito en acceder al mismo. Intentó despejar su mente y alejar aunque sea por un momento la muerte de sus amigos, pero no podía, sintió el nudo en la garganta y una erupción de emociones en su interior, se tumbó de golpe sobre uno de los sofás y no pudo reprimir el llanto. Su recuerdo era tan nítido de aquella tarde que se vieron por primera vez con Octavio Santamaría en la época de colegio, un muchacho flaco y desgarrado, tímidamente atlético, era un verdadero capo en las matemáticas. Sus ojos inundados por las lágrimas y su alma estrujada por la rabia y la frustración de no poder averiguar algo más que de con el paradero del asesino.

- Si tan solo pudiese dar con la clave e ingresar para saber qué es lo que Rogelio envió esa madrugada, podría ayudarlos – se dijo con la mirada fija en el techo.

Al cabo de unos minutos estaba más calmado, había desahogado el alma de todo el dolor y rabia contenida que sentía en ese momento, la impotencia de saber que el asesino estaba suelto y dos muertes estaban quedando impunes, sin sospechosos ni pruebas o testigos que hayan visto algo. Nada. Absolutamente nada. Dejo de lado un momento la idea de querer descifrar la clave para acceder al correo y saber qué había ahí, estaba exhausto, se acercó a su televisor Samsung LED de 42 pulgadas que colgaba como si de un cuadro se tratase, lo encendió, la pantalla curva mostraba las imágenes de una escena de una película de acción, una persecución de agentes y miembros de una banda de narcotraficantes, se quedó mirando la imagen sin ánimo alguno de tratar de comprender la trama de dicha película, a punto estuvo de cambiar de canal y buscar otra cosa en la programación de no ser porque en ese momento oyó a uno de los agentes comunicarse con su central a través de un aparato de comunicación altamente sofisticado y pequeño como un teléfono móvil para dar coordenadas de un vehículo en plena fuga, Ricardo Vasallo se incorporó de golpe y sintió como una descarga de adrenalina le recorría por todo el cuerpo.

El agente que se comunicaba con su central usaba un lenguaje que le ayudó a Ricardo Vasallo a entender la forma que había tenido Rogelio Santamaría de enviar su clave de correo “Brillante” se dijo. En ese momento llegó a la conclusión de que lo que había hecho Rogelio Santamaría era que nadie más supiese lo que le estaba enviando a su hermano, por si es que alguien más veía el mensaje no logre adivinarlo. En ese momento llegó a entender que quizá no quería precisamente que su hermano lo viera sino a lo mejor quería que alguien más que él supiese que había alguna información en su correo electrónico personal que arrojase información sobre lo acaecido en el sótano de aquella empresa textilera. Dicen que el cuerpo presiente cuando está a punto de morir y toma ciertas acciones que cotidianamente no realiza, quizá, esta era una forma de protegerse por si algo le llegase a suceder, y efectivamente, así fue. Quedó atento a la forma como el agente lanzaba su reporte “*Central, tenemos un vehículo por la ruta 4 por Leonardtown con dirección hacia Pensilvania, es un Ford Mustang GT Premium con matrícula ALFA NOVEMBER GOLF PRIMERO TERCERO SÉPTIMO OCTAVO*” esa forma de referirse a la matrícula del vehículo era una forma de referirse a las letras del alfabeto, incluso había también una forma peculiar en referirse a los números. “Alfabeto fonético”. Se dijo para sí mismo.

Apagó su televisor. Estaba seguro de poder dar con la clave correcta del correo electrónico de Rogelio Santamaría, volvió a su mesa de trabajo y movió el ratón inalámbrico para que el velo del protector de pantalla de su portátil que era el escudo de su club favorito - Universitario de deportes – se disipara.

ALFA ROMERO INDIAN ECO SIERRA QUINTO CUARTO

Cogió una hoja y un bolígrafo para intentar armar la contraseña correcta, había logrado comprender por el lenguaje empleado por los agentes de la película que cada palabra era para representar una letra y un número escrito es lo mismo que fuese numérico, escribió cada palabra y colocó la primera letra al costado de cada palabra y convirtió el número de letra a número.

ALFA= A / ROMEO= R / INDIAN= I / ECO= E / SIERRA= S / QUINTO= 5 CUARTO=
4 | **ARIES 54**

Había logrado descubrir que todas esas palabras al final se reducían en tan solo una acompañada de un número: Aries 54. El signo de Rogelio Santamaría era precisamente ese: Aries. Y cayó en la cuenta que el número hacía alusión al de su nacimiento, 5 de abril, fecha y mes: 54. Volvió a conectar el internet y cargó la página del correo electrónico, escribió nuevamente el correo de Rogelio Santamaría y colocó la clave que había descubierto en medio de esas palabras, intentó primero escribiéndola en mayúscula. Esperó unos segundos mientras cargaba el sistema. Una vez más el mismo mensaje de error en letras rojas. “Maldita sea”. Volvió a intentarlo esta vez con letras minúsculas, sabía que había dado con la clave, solo era cuestión de saber si era mayúscula o minúscula, la primera estaba descartada, faltaba comprobar de la segunda forma: aries54. Su corazón palpitaba desbocadamente como si estuviese a punto de sufrir una taquicardia. Esta vez obtuvo lo que quería, había ingresado al correo de Rogelio Santamaría.

- ¡Eureka! – exclamó con efusividad, como si hubiese dado con el número del premio mayor de la lotería.

Capítulo 26

El clima en la sala de reuniones del directorio estaba bastante crispado como para poder respirar con facilidad. Todos buscaban un responsable pero nadie estaba dispuesto a dar la cara y poner el pecho. La secretaria del presidente del directorio estaba tomando nota de lo que decían los miembros y trataba de seguirle el ritmo ya que algunos estaban completamente ofuscados, al menos Marlon Blume estaba endemoniado y los supervisores de seguridad estaban nerviosos, no sabían cómo salir de ese fuego cruzado de explicaciones que no sabían cómo dar.

De pronto un timbrado irrumpió sorpresivamente el ambiente de la reunión y causó un sobresaltó en mucho pero un arranque de rabia en Marlon Blume quien esa tarde no estaba de humor para soportar ni una sola.

- Será que podemos llevar esta reunión en paz, nada de aparatos telefónicos, estamos en una maldita reunión de emergencia.

La expresión en el rostro del supervisor Mauricio Bustamante fue del completo incómodo “Qué puede ser tan urgente para que me interrumpan justo en este momento” se preguntaba mientras tomaba el equipo Nokia del bolsillo de su camisa celeste. Vio con cierta molestia la pantalla para saber quién lo estaba llamando en ese momento y logró ver que era del número de la garita principal, eso solo podía significar una cosa: era realmente urgente.

- Señores, disculpen la interrupción, debo tomar esta llamada, es de garita de control, imagino que debe ser urgente, solicité que no me llamen si es que no era urgente – dijo el supervisor Bustamante tratando de buscar la dispensa de los miembros de la sala de reuniones.
- Sea breve por favor supervisor, estamos en un momento crítico aquí, su personal debe de saber manejar situaciones con criterio, por culpa de uno estamos en éstas – dijo el anciano presidente del directorio con la sangre en los ojos.

El supervisor asintió con cierta timidez y se alejó un momento hasta el borde de la puerta para tomar la llamada. Al cabo de unos segundos estaba hablando con su agente en Olimpo.

- ¿Qué es tan urgente para que me interrumpas en plena reunión? – preguntó el supervisor de seguridad Mauricio Bustamante completamente incómodo.

La voz nasal de su agente en el puesto de Olimpo le comenzó a explicar el motivo de su llamada. El supervisor quedó petrificado en su sitio y el rostro desenchajado. Su colega el supervisor Renato Salazar lo observaba con impaciencia desde su lugar en la mesa.

Una llamada había ingresado al aparato telefónico Cisco de la garita principal, era una mujer que por la voz no pasaba de los treinta años, estaba completamente desconsolada y la noticia que estaba dando no eran las mejores para ese día lleno de tensión por todos lados. Era la hermana del agente Rogelio Santamaría quien llamaba para comunicar que su hermano había sido hallado muerto en una banca de la plaza San Martín en las primeras horas de la mañana y que no hacía más de una hora habían asesinado a su otro hermano Octavio Santamaría en la puerta de su casa, ambos apuñalados. La familia velaba a dos de sus integrantes en una sola tarde. La tragedia había visitado a aquella familia y por partida doble. El supervisor Bustamante colgó la llamada y se tomó unos minutos para digerir la noticia, su expresión seguía siendo la misma y la palidez de su rostro aún no se había quitado.

- Supervisor Bustamante ¿Pasa algo? Está usted muy pálido – consultó Fabricio Blume poniéndose de pie.

El supervisor Bustamante aún tenía la voz de su agente dándole la noticia “Acaban de llamar de la casa de Santamaría, era su hermana, dice que lo han hallado muerto en la plaza San Martín, lo han apuñalado” no podía creerlo aún. Estaba en un trance del que aún no sabía cómo salir.

- Supervisor Bustamante diga usted algo ¿Qué es lo que sucede? – insistió Camilo Zavaleta notoriamente perturbado por el silencio del supervisor.

No eran las mejores noticias para dar. Tampoco era el mejor momento para darlas. El supervisor de seguridad tomó una bocanada de aire y volvió a acercarse a su asiento y se mantuvo en pie al frente de ella y sin tomar asiento. Su mirada observaba el rostro de todos los asistentes que tenían la impaciencia impresa en sus fisonomías. No supo exactamente el momento en el que comenzó a hablar y dar la noticia del asesinato de los hermanos Santamaría, uno de ellos agentes de seguridad destacado en esa empresa y que fue uno de los que estuvo presente en el incidente de aquella madrugada. El rostro de todos cambió de expresión en un santiamén pasando de impaciencia a perplejidad.

- Lo que nos faltaba, uno de nuestros agentes en estado de coma y otro asesinado, esto va a traernos problemas si llega a oídos de la prensa, nos van a catapultar con esta mala racha de eventos – dijo Marlon Blume con la frialdad en su rostro.

Algunos no pudieron ocultar su malestar por tremenda frase con frialdad del anciano ejecutivo de la organización, pero esa actitud era la de siempre, un emblema en su personalidad de la que difícilmente se podría desprender y más ahora que estaba en el otoño de su vida.

- Con todo respeto señor, no es el momento de pensar simplemente en la reputación de esta compañía ni en las repercusiones en la próxima colección que va a lanzar, hay una familia que está sufriendo la pérdida de dos de sus hijos – dijo el supervisor Renato Salazar tratando de ocultar su rabia hacia la actitud desdeñosa del ejecutivo.
- Le voy a pedir supervisor que deje de hablar sandeces, estamos en estos embrollos precisamente por su incapacidad y la falta de disciplina de sus agentes, acaba de oír lo que ha contado su colega, han acuchillado a esos dos, lo más probable es que hayan estado metidos en algún ilícito, a nadie se le apuñala así porque sí – agregó el anciano con indiferencia.
- Conozco al agente Santamaría desde hace un año que llegué a esta unidad señor, puedo dar fe de la clase de hombre que era y siempre mostró un comportamiento honorable y dudo mucho que hayan estado junto a su hermano involucrados en algún tema ilegal, así que le voy a exigir que respete sus memoria y no la manche con sus insinuaciones – dijo el supervisor Bustamante sin reprimir su rabia como su colega.
- El colmo, encima tengo que soportar la reprimenda de un supervisor y la majadería del otro, esto es inaudito caramba, qué está pasando aquí, creo que ha llegado el momento de ir pensando seriamente si vamos a seguir contando con los servicios de esta empresa de seguridad, son unos incompetentes – dijo el anciano Blume.
- Creo que lo mejor será que nos vayamos calmando señores – intervino Antonio Melek – aquí ya no podemos seguir con los temas que perjudiquen a la compañía, los supervisores están notoriamente afectados por la pérdida de su agente y la grave situación de otro de ellos, lo mejor será que ambos se retiren y vean este asunto y nosotros continuemos con esta reunión y tomemos los acuerdos que debemos tomar – finalizó el otro veterano ejecutivo.
- Lo mejor será que vayan comunicándose con su centro de control central y vayan coordinando la asignación de dos nuevos agentes para reemplazar a Garza y Santamaría, es lamentable lo de ambos y el hermano de uno de ellos pero definitivamente ya no contaremos con ellos y es necesario hallarles su reemplazo cuanto antes para no afectar nuestro servicio – dijo Camilo Zavaleta.
- Así lo haremos ingeniero, ya mismo me pongo en esas – dijo el supervisor Bustamante.
- Yo mientras tanto iré a darle el pésame a la familia del agente Santamaría antes de retornar al servicio de esta noche – agregó el supervisor Salazar.

El supervisor Salazar se puso de pie junto a su colega de servicio Mauricio Bustamante y salieron de la sala de reuniones en medio de un silencio total. Como si fuese un silencio sepulcral en un momento bastante adecuado: la muerte de un agente y un estado crítico de otro.

Capítulo 27

Ricardo Vasallo no podía dar crédito a lo que veía en ese momento. Había logrado tras varios intentos fallidos ingresar al correo de Rogelio Santamaría. Era un correo que él mismo se había enviado desde su celular aquella madrugada, eran fotografías de lo que había sucedido en aquel sótano, las tomas no se podían apreciar tan bien ya que estaban alumbradas por la linterna que llevaba Rogelio Santamaría aquella madrugada al igual que su supervisor.

Una primera fotografía en la que se veía a Santiago Garza tendido en el suelo y al supervisor Renato Salazar tratando de reanimarlo, una segunda fotografía algo borrosa del panorama totalmente a oscuras y que mucho no revelaba de lo que había sucedido abajo, pero hubo una tercera y que acaparó su atención, era la toma de una puerta en la que se le podía apreciar las imágenes de dos cuervos negros. Descargó las imágenes a su portátil para luego imprimirlas por si las necesitase después. Algo en el cuerpo del correo electrónico llamó su atención, al parecer Rogelio Santamaría había escrito alguna breve descripción de lo sucedido en aquella madrugada en el segundo sótano de la textilera “Esas son las pocas tomas que pude realizar de lo que está sucediendo en el sótano 2 de la empresa donde trabajo como seguridad privada, la imagen de esos dos cuervos negros llamaron mi atención, llegando a casa consultaré el blog que siempre leo sobre este tipo de asuntos misteriosyconspiraciones.blogspot.com”. Ricardo Vasallo quedó intrigado por la dirección que citaba Rogelio Santamaría. Nunca había oído hablar de dicho blog, por el nombre logró llegar a la conclusión de que se trataba de uno en el que escribían temas relacionados a temas con el que él estaba bastante ligados ya que era escritor de novelas de ciencia ficción.

El link del blog estaba en el mismo correo así que decidió darle un clic para ser direccionado a dicha página y darle una ojeada y saber sobre qué temas escribían específicamente y si había algún dato de contacto como algún número al cual llamar o una dirección de correo electrónico al que escribir y solicitar algo de información sobre aquellas imágenes de cuervos negros y si tenía alguna relación con algo como alguna secta satánica, por lo que Rogelio Santamaría le había contado en su mensaje de voz le decía que había oído ruidos extraños y hasta voces, que su compañero estaba completamente inconsciente y eso para él no tenía ningún sentido lógico, así que decidió ver aquel blog para corroborar que tan confiable podría ser esa fuente.

Capítulo 28

● misteriosyconspiraciones.blogspot.com

[Última publicación]

LOS CUERVOS DE LA MITOLOGÍA NÓRDICA

En la mitología nórdica **Hugin** y **Munín**, son un par de cuervos asociados con el dios **Odín**. Hugin y Munín viajaban alrededor del mundo recogiendo noticias e información para Odín. Hugin es el “pensamiento” y Munín es la “memoria”. Ambos eran enviados al alba y regresaban por la tarde. Se posaban en los hombros del dios y susurraban a sus oídos todas las noticias. Es debido a estos cuervos que el **Kenningar** “dios cuervo” se utilizaba para referirse a Odín.

Te invitamos a leer nuestras publicaciones anteriores y déjanos tu comentario si te ha gustado la publicación.

Capítulo 29

Ricardo Vasallo sintió que la publicación que había leído en el blog al cual hacía referencia Rogelio Santamaría y que además era la última que había sido escrita hablaba coincidentemente sobre cuervos y lo ligado que estaban a un antiguo dios nórdico, Odín. Notó que el blog no tenía tantas publicaciones como se esperaba pero la última lo dejó intrigado ya que hablaba de un tema ligado a cuervos que lo relacionaban con una deidad y como suele suceder en cada cultura, detrás de una deidad suelen haber diversos rituales de adoración, puede ser que lo que haya sucedido en el sótano de la textilera haya sido un ritual de adoración al dios Odín y que el agente de seguridad, Santiago Garza lo haya visto y quienes estuvieron allí al verse descubiertos lo atacaron, lo cual no tenía mucho sentido ¿Qué tipo de ataque lo dejaría en ese estado? Además ¿Cómo podrían haber entrado un grupo de personas sin ser visto y llegar hasta el segundo sótano de aquella empresa? Definitivamente Ricardo Vasallo estaba bastante intrigado pero al menos tenía una clara idea de que algo paranormal estaba sucediendo, algo fuera del entendimiento común.

Logró hallar lo que estaba buscando desde un inicio, en la parte inferior del blog se percató de que había un número telefónico al que podía comunicarse y una dirección de correo electrónico. Tomó nota de los datos de contacto para luego intentar comunicarse con algún administrador del blog y buscar algo de información sobre este caso y le ayude a entender lo que estaba sucediendo. Dos muertes y uno en estado grave. Si se tratase de una secta de ritos satánicos, definitivamente querían borrar todo tipo de cabos sueltos. No había duda, habían estado en el lugar, el momento y hora equivocado, lo que le daba a entender que también el supervisor de seguridad de turno estaba en peligro de muerte, que habían asesinado a Octavio Santamaría por haber recibido esta información aunque no haya logrado acceder a ella y sobre todo algo que le congeló la sangre: ahora estaba más seguro de que su vida también estaba corriendo peligro.

Ya estaba empezando a asentarse la tarde. El reloj marcaba las dos menos quince. Ni se había percatado que no había comido nada y es que en la situación en el que se encontraba no cabía espacio para el hambre. Pero igual sabía que no podía pensar bien ni seguir con lo que tenía que hacer si es que permanecía con el estómago vacío. Tomó su agenda y buscó en ella el número telefónico para ordenar algo de comer, lo mismo que solía pedir cuando la hora avanzaba: Comida china.

El pedido llegó casi media hora después ya que el lugar al que había llamado estaba en la misma zona de donde vivía. Un motorizado con la casaca de cuero cerrada hasta el cuello le entregó su orden en una bolsa de papel en la cual se veía el logo del restaurante, una imagen negra de la silueta de un hombre con el clásico sombrero triangular y en punta. El mensajero le alcanzó el POS inalámbrico a Ricardo Vasallo y este pagó con su tarjeta VISA débito. Al cabo de unos segundos estaba de vuelta en su mesa de trabajo, su portátil estaba encendida y conectado al internet aún. Tomó su móvil y marcó un número telefónico. Timbró tres veces hasta que al otro lado de la línea cogieron la llamada.

- Espero que tu llamada se deba a que ya tienes avanzándome su próxima novela, hace casi un año que no has presentado al menos un boceto – dijo una voz masculina.

Esteban Montoya era el editor de Ricardo Vasallo desde que publicó su primer libro de relatos de terror. Era un hombre regordete y siempre andaba con el cabello desgarbado, a veces con la mirada extraviada y siempre con un cigarrillo entre labios. La primera vez que se citaron fue en un bar del centro de Lima. Esteban Montoya se pidió un trago para acompañar aquella primera reunión con su futuro nuevo autor, Ricardo Vasallo no sabía si pedirse un café bien cargado con tres de azúcar como le gustaba o acompañarlo con otro trago igual para no desentonar con la ocasión. Al final se decidió por el trago al igual que el editor. Aquel hombre que estaba a punto de abrirle las puertas al mundo literario era también un escritor de la vieja escuela: bohemio hasta los tuétanos.

- Digamos que para algo así – dijo Ricardo Vasallo – estoy recabando información para una nueva novela de ciencia ficción, sobre ritos satánicos, pero necesito consultarte si conoces una fuente de información que vi en internet.
- ¿Ritos satánicos? Creí que seguirías en la misma línea de hacer relatos de terror como los libros anteriores, pero veo que vas ahora por una novela, vamos progresando, me parece bien ¿Qué fuente es esa? – preguntó con mucho interés el editor.

- Es un blog en internet, su dirección es misteriosyconspiraciones.blogspot.com, tiene varias informaciones sobre temas paranormales y sobre ritos hasta de sociedades secretas al estilo de los masones e iluminatis, la verdad es que antes nunca me había topado con ese blog y ahora sale como de la nada – respondió Ricardo Vasallo.
- Ricardo, nada, pero absolutamente nada aparece así porque sí en la internet, a lo mejor y siempre estuvo solo que cuando empezaste a escribir no era aún muy difundida pero en este tiempo que ha transcurrido ha logrado posicionarse mejor, tener más seguidores y más interacciones entre ellos y eso ha logrado que se posicione mejor en la red y por eso ahora te apareció, nunca había oído de ese blog, pero déjame entrar para averiguar sobre ella y te doy una llamadita, pero, Ricardo, ya ponte a trabajar en esa novela, pero en serio – dijo Esteban Montoya.

Luego de colgar la llamada Ricardo Vasallo ingresó a la intranet del instituto en el que dictaba clases de redacción publicitaria, su buzón de correo no delataba alguna novedad salvo los trabajos que les habían remitido sus alumnos. Supo que no tendría tiempo de llegar a clase incluso no había terminado de preparar su clase para aquella tarde y no había revisado ninguno de los trabajos “Ya habrá tiempo para esto después” se dijo mientras habría una nueva ventana de redacción de correo electrónico y escribió la dirección electrónica del director del instituto y coordinador de sede para comunicarle que por motivos personales tendría que ausentarse por unos días de sus labores como docente comprometiéndose a coordinar de la mejor forma con la institución y sus alumnos la recuperación de las clases a fin de que no haya ningún perjudicado. Al cabo de unos segundos, se veía revisando su libreta de apuntes para ver el número telefónico que había visto al pie del blog para llamar y buscar mayor referencia con alguno de los administradores del sitio. El teléfono comenzó a timbrar. Era cuestión de esperar que haya alguien en aquel lugar que coja la llamada y pueda atenderlo.

Capítulo 30

El congresista Jorge de la Mata se veía algo impaciente, no quería volver a tener interrupciones para aquella noche en la otra reunión que se celebraría sin su presencia pero que sabía que en la próxima que realizarían dos noches después él estaría presente para poder ser testigo presencial del renacimiento del poder de la cavilación más antigua del mundo, la más poderosa y de donde se nutría todo el conocimiento del mundo moderno “la madre de todas las sociedades secretas” le gustaba decirse para sí mismo.

Marcó el número telefónico. Comenzó a sonar. Cogieron la llamada al segundo timbrado.

- Señor, que gusto escucharlo, no esperaba su llamada – dijo una voz masculina perteneciente a un hombre ya entrado en sus años.
- Siempre es bueno de vez en cuando hacer las cosas por uno mismo ¿Cómo va nuestro asunto? – consultó el legislador.
- Muy bien señor, ya comió el cebo, muy pronto llegará a la madriguera – respondió el hombre al otro lado del hilo telefónico.
- Genial, esas son buenas noticias, no quiero que nada estropee el rito de iniciación de esta noche, quiero que le hagamos un sacrificio para tener mejores resultados – indicó el congresista de la Mata.
- Señor, como usted lo ordene, tendremos que buscar a alguien entonces – dijo la voz.
- No es necesario... ya lo tenemos, está en estado de coma en una clínica, al insolente ese que los interrumpió esta madrugada, será nuestro sacrificio para los dioses y a la vez su castigo pagará con su vida su intromisión – dijo el congresista con una voz gélida.
- Señor, creí que el gran maestro había ordenado exterminarlo simplemente – dijo el hombre al otro lado de la línea visiblemente anonadado.
- Y así será, pero no solo lo exterminaremos, sino que lo ofreceremos como sacrificio para los dioses, por el gran maestro no te preocupes, ya luego me encargo de explicarle las cosas si es que solicita explicaciones – dijo el congresista con determinación.
- ¿Algún método en específico, señor? – consultó el contacto.
- Ofreceremos su alma en ofrenda a los dioses sin tener que tocarlo nosotros, acábenlo de una forma que el mundo así nomás no ha visto, de una forma que la medicina tiemble y se ponga de rodillas ante el horror de lo inexplicable – ordenó el congresista.
- Sé a lo que se refiere señor, usted deje todo en nuestras manos que en esta madrugada le ofreceremos un buen sacrificio a los dioses y de pasada nos deshacemos de aquel intruso, pero ¿qué hacemos con los demás señor? – dijo el hombre del otro lado del teléfono.
- Contáctate con nuestro equipo élite, que se deshagan del mensajero, ya no nos es útil sus servicios, que se encarguen también del otro cabo suelto, pero a nuestro borreguito no me lo toquen, será la presa para nuestro sacrificio final, con su sangre volveremos a restaurar nuestro imperio y dominio sobre este mundo, por fin nuestros hermanos podrán salir del destierro de las profundidades de la tierra para gobernar este mundo como lo fue al inicio y como debió de ser por siempre.

Luego de ello, la comunicación volvió a quedar en silencio.

Si te ha gustado la historia, puedes adquirirla completa en el siguiente link:

https://1.instagram.com/?u=https%3A%2F%2Fwww.amazon.com%2Fdp%2FB07W878696%2Fref%3Dmp_s_a_1_1%3Fkeywords%3Dangeles%2Bpaganos%26qid%3D1565471622%26s%3Dgateway%26sr%3D8-1&e=ATMaGIu88RbRAd6aguy5eEhhDeP9Wl0ZXGzn9kC1sSf8jCknu3EUtXlcYhZ3_0bijajIOS2MkOaKDGSG866Vxwg&s=1